

EN EL AZUL DEL TIEMPO

HACIA LOS CUATROCIENTOS AÑOS

URBANO J. NUÑEZ

Año (1993)

INDICE

RURALIA ARGENTINA	2
LA LANZA DE TACUARA.....	3
BARRANCA YACO	4
EL NEGRO FALUCHO.....	5
TRANSPORTES Y COMUNICACIONES	6
EL SAPO	6
SANTOS VEGA.....	7
LA GUITARRA	8
ARBOLES CON PERFUME DE PATRIA.....	9
LA TABA	10
EL CEIBO	11
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON	12
LA CHINA.....	12
RUEDAS EN EL ORIZONTE	13
EL JUNQUERO	14
EL MALON	15
LOS LANCEROS	16
HILARIO FERREIRA.....	17
EL CABALLO.....	17
LAS CAUTIVAS	18
EL RASTREADOR.....	19
GENERAL MARIANO DE ACHA.....	20
LOS BLANDENGUES.....	21
CRISTIANOS EN LAS TOLDERIAS	22
GENERAL JOSE MARIA PAZ.....	22
EL RIO	23
EL SEÑOR DE RENCA.....	24
LEOPOLDO LUGONES.....	25
EL FAROL	26
EL LECHERO CRIOLLO	27
LA PAMPA	27
LA YERBA MATE	28
LOS LIBRES DEL SUR.....	29
LAS PRADERAS.....	30
INCURSIONES AL DESIERTO.....	31
“DECRETO SOBRE SEGURIDAD PERSONAL”	32

EL CORSARIO	33
LA MUERTE DE LAVALLE	33
HOMBRES DEL MAR	34
LA PROPIEDAD PRIVADA	35
LA PARROQUIA DE SAN FRANCISCO	36
LAS POTREADAS	37
EL BUEY.....	38
LAS ARMAS DEL CHACHO	38
EL CARRERO	39
LA PULPERIA	40
HERRAMIENTAS CRIOLLAS	41
LA CRUZ DE SAN FRANCISCO SOLANO	42
SAINETE DE LA BATALLA DE MAIPU.....	43
LA PATAGONIA.....	44
EL ÑANDU CRIOLLO	45
SAN JOSE DEL MORRO.....	45
VENDEDORES AMBULANTES	46
LA TONADA.....	47
LA SIEMBRA.....	48
EL FORTIN PRECURSOR.....	49
LA VIRGEN DE ITATI	50
NUESTRAS MALVINAS	50
LA PAMPA DE AYOHUMA	51
DON SEGUNDO SOMBRA.....	52

RURALIA ARGENTINA

Antes, en el azul del tiempo, los campos estaban abiertos. No había la infinidad de potreros que los dividen y los circundan, hoy.

Las haciendas se traían desde largas distancias, hostigadas por los camperos y por los perros, que eran un valioso auxiliar, corriendo y toreando de punta a punta y sosteniendo recias luchas con las vacas que quedaban atrás y que arremetían furiosas y con agudos mugidos en defensa de sus crías.

Así llegaban al rodeo, saliendo del monte o apareciendo detrás de una lomada a toda carrera en grandes “chorros”, cuya diversidad de colores, reflejados sobre la aurora, ofrecían una vista hermosa y fantástica.

Hoy casi han desaparecido los bailes y las comilonas, donde prevalecían el asado con cuero, el succulento locro y el picadillo para los picantes pasteles.

Pasaron a la historia las “mortereadas” de maíz pisado para la mazamorra, pero permanece igual la lucha del animal contra el hombre, la habilidad del pialador, hecha de una experiencia transmitida sobre el terreno y pial en mano.

Lo nuevo está en la variedad constante de todo lo que es vivo: el salto, el grito, el terror que magnifica las pupilas húmedas de la bestia. Lo demás es

viejo: viejo el mugido de las vacas que corren de un lado al otro en procura de sus crías extraviadas en la corrida; viejo el vocerío confuso y estridente de la magnífica fiesta de destreza y coraje.

Con la caída de la tarde el horizonte es un trino multiplicado. Ha cambiado la polifonía. Del imponente “crescendo” vacuno, se ha pasado a este “scherzo” ejecutado por la crepuscular pajarería.

El árbol reseco recupera sus moradores. Posados en el alambrado -hilos de un pentagrama de leguas y leguas- los tordos, sin saberlo, están improvisando un motivo. ¡Cómo para traducirlo en la música de una guitarra!

Los eucaliptos se han puesto a gritar, invadidos por una bulliciosa colonia de loros.

El molino, con la rueda transparente de tanto girar, es un trabajador más en la realidad de esa ruralia argentina.

El arroyo también agrega su música: un contrapunto de ranas que va congregando la silenciosa curiosidad de las estrellas.

Una tonalidad que abarca desde el cobre violento, hasta el nácar translúcido se funde con el verde jugoso del trebolar.

Y desde el fogón, el mate, pega el grito de su cordialidad criolla, amansando recuerdos e invitando a la pausa cimarrona.

Mirando el cielo, una nube se desfleca en el azul del tiempo...

LA LANZA DE TACUARA

Son las más gauchas de las armas criollas, las cañas de tacuara. Son las más aptas, las más dóciles y manuales.

Se encuentran en todos los bosques del litoral, al alcance de las manos hábiles de los moradores de la tierra entrerriana o del verde Taragüí. En pocos minutos se convierte en feroz arma defensiva y ofensiva.

Gente pobre los soldados, y más pobres todavía los jefes que los mandaban. El erario público, siempre exhausto, no sólo no daba armas, sino que hasta de vestuario se carecía. Se cubrían con mísera indumentaria y se armaban enastando sus tacuaras con cuchillos o tijeras, cuando no simples fierros puntiagudos, afirmados con tientos.

Salvadora la caña de tacuara. Y vencedora en cien combates. Ejércitos enteros de criollos galoparon hacia el sol de la victoria abriendo brechas de heroísmo con la silvestre, fibrosa y consistente caña de tacuara.

Los guaraníes, primitivos habitantes de las selvas entrerrianas, designaban **tacua** a esa variedad de caña; delgada y bien seca, constituyó el sostén ideal del arma preferida de los gauchos argentinos, transformada en la palabra castellanizada de **tacuara**, que llega a nosotros vibrante de recuerdos, llena de cálidas sugerencias, rememorando homéricos combates en que fueron actores los montoneros heroicos que, sin otra defensa que sus lanzas, afirmaron la libertad y defendieron palmo a palmo la tierra de sus antepasados, para legársela intacta a sus hijos.

Alguna vez dijo Mitre: “un ejército popular, armado de lanzas formadas con tijeras de esquilar y cuchillos enastados en cañas de tacuara, ha reivindicado la libertad de sufragio y ha dado cuenta del poder militar de un gobierno usurpador de la soberanía del pueblo”.

La cita magistral tiene todo el significado de un símbolo representado por la lanza de tacuara, emblema de las luchas y de las pasiones que dividieron a los argentinos: los gauchos de los montes, misérrimos pero llenos de ardor y de cariño por el suelo nativo, los hombres ilustrados de las ciudades, pretendiendo sojuzgar las autonomías provinciales, sin conseguirlo nunca.

El símbolo, desde las brumas del pasado, llega hasta nuestros días con la misma fibra emocional de ayer. Pero ahora no separa sino que une, porque en su moharra primitiva flamea el jirón azul y blanco, señero y cordial, cifra sagrada de unión y libertad.

BARRANCA YACO

Eran las 10 de la mañana de aquel lunes 16 de febrero de 1835. la partida que al mando del capitán de milicias José Santos Pérez, se halla apostada en la hondonada de Barranca Yaco, oye hacia el norte el galope de un caballo. No puede ser la comitiva del caudillo Juan Facundo Quiroga, a quien están aguardando.

Al poco rato, aparece un hombre a caballo. Es el correo de número don José María Luegues, quien viene desde Ojo de Agua a prevenir al maestro de postas de Sinsacate que tenga pronto los caballos necesarios para que Quiroga pueda reanudar el viaje sin demora alguna.

Pero la orden de Reinafé, y que Santos Pérez no puede haber olvidado, es terminante: “Deberá ser muerto y no sólo el Señor General Quiroga y toda su comitiva, sino también cualquier otra persona que pase por aquel lugar en el momento de la ejecución”.

El correo Luegues, no transita en el momento de la emboscada. Pero Santos Pérez lo hace detener lo mismo. Y sin perder tiempo, uno de sus hombres le ata las manos con violencia y lo conduce al monte, donde es degollado.

El sol cae como fuego. Llegan las once y media. Se oye, no lejano, el ruido característico de un vehículo que rueda por el camino de tierra y el trote de varios caballos. Instantes después y detrás de la pequeña barranca que da sobre el lugar, aparece la galera del “Tigre de los Llanos”.

Lo que ocurre allí, pertenece ya a la historia. Quiroga es asesinado, así como toda su comitiva. Pero un hecho importantísimo ha pasado desapercibido para los asaltantes.

Amparados por el recodo del camino, marchan dos hombres. Han quedado rezagados a más de dos cuadras, para librarse acaso de la polvareda que levante la galera.

Uno es el correo don Agustín Marín y el otro el puntano don José Santos Funes, secretario de su tocayo y comprovinciano, el coronel mayor José Santos Ortiz, el hombre de la unidad que acompañaba a Quiroga.

Perciben el tumulto, oyen los tiros, ven algo de la masacre y, haciendo volver grupas a sus caballos, huyen hacia el norte. Son los únicos que se salvan.

Marín deambula por el monte espinoso y por fin llega a Sinsacate, donde da cuenta de lo ocurrido. Aquella noche el juez pedáneo viaja a Barranca Yaco.

Años después, Marín volvió a desempeñar sus tareas de correo. Pero la historia le ha perdido el rastro a aquel José Santos Funes, que quien sabe donde fue a olvidar el horror de Barranca Yaco.

EL NEGRO FALUCHO

Mil quinientos hombres de la guarnición de los castillos del Callao, encabezados por los sargentos Moyano, Oliva, Muñoz, Molina y Castro, se sublevaron el 4 de febrero de 1824.

Esta sublevación, que no ha sido aún bien explicada, no fue hecha en realidad contra la bandera de la patria; reconoció por origen aparente, ciertas quejas formuladas contra la oficialidad de algunos de los cuerpos que formaban el Ejército Libertador, y al hecho de no haber percibido, durante muchos meses, sus modestos sueldos.

Una vez consumado el movimiento, sus jefes se dieron cuenta de la grave responsabilidad que habían contraído, y temerosos del castigo que les esperaba si el movimiento era sofocado, tomaron una resolución que empeoró la causa.

Pusieron en libertad a los prisioneros españoles y enarbolaron de nuevo en la torre de la fortaleza, la bandera enemiga, hecho que motivó el sacrificio del heroico negro Falucho, soldado del Regimiento Río de la Plata, que prefirió morir antes que rendir homenaje al pabellón real.

Cuando en 1826 volvieron a Buenos Aires los últimos granaderos que, después de recorrer victoriosos toda la América del Sur, venían a depositar sus formidables sables en los armeros del viejo cuartel del retiro, traían presos a tres de aquellos cabecillas, eran los sargentos Francisco Molina, Matías Muñoz y José Miguel Castro.

El coronel Bogado los entregó al gobierno, quien los sometió inmediatamente a proceso. Condenados a muerte, fueron ahorcados el 25 de noviembre de 1826, en la actual plaza San Martín.

En cambio los sargentos Moyano y Oliva, verdaderos autores de la traición, fueron hechos coroneles por las autoridades realistas, y llegaron a ocupar puestos notables en el ejército español.

Por este oscuro suceso, acaso su único destello heróico sea el que recogió el pueblo, transformándolo en leyenda: el sacrificio de aquel ignorado soldado, Antonio Ruiz, que prefirió caer abatido por las balas de los traidores, antes que arriar la bandera Argentina, cuya custodia se le confiara.

El negro Falucho, adquirió así valor de símbolo para los soldados de la patria, y su figura, ennoblecida aún más por el bronce de los héroes, certificó que el valor y la nobleza no son atributos de ninguna raza determinada, sino que pueden hacer nido en cualquier pecho.

Hombre de color, Falucho no necesitó tampoco apoyarse en documentos irrefutables, para pisar el umbral, de la gloria, pues la gente humilde, lo vió como a uno de los suyos, cumpliendo con su deber sencillamente, como ellos lo han hecho siempre, por el honor de la Patria.

TRANSPORTES Y COMUNICACIONES

Todos los viajeros que, desde Buenos Aires, se dirigían a Chile, Alto Perú o a las tierras del Inca, seguían el mismo camino, por lo menos durante un trecho: primero, rumbo al oeste, hacia la Villa de Lujan, después hacia el noroeste, cruzando el río Saladillo y yendo a parar a la Esquina de Medrano.

Los viajeros que iban al Perú proseguían desde allí, rumbo al norte, hacia Córdoba, y desde esta ciudad a Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy.

En cambio los que se dirigían a Mendoza o Chile, torcían hacia el Sudoeste en la Esquina de Medrano, cruzaban el río Cuarto, y seguían después el camino, de posta en posta, pasando por las Achiras y San Luis, en demanda del Desaguadero.

El arduo viaje a través de las pampas podía hacerse en carruaje o a caballo. Lo más corriente era utilizar la galera, un vehículo de cuatro ruedas con una puerta en la parte de atrás, tirado por cuatro o seis caballos y capaz de conducir a media docena de personas sentadas.

Antes de cargar el carruaje con el equipaje y las provisiones, era preciso amarrar o retobar las ruedas con cuero crudo mojado, para darles mayor resistencia. Las lonjas de cuero, al secarse, se encogían formando bandas así tan fuertes como si fuesen de hierro.

Los rayos y las llantas de las ruedas se ataban de manera semejante, de forma que se viajaba realmente sobre cuero. Todo marchaba perfectamente durante unas ochenta leguas, cuando alguna afilada roca cortaba los retobos, dejando en libertad a las maderas.

Algunos viajeros daban variedad a sus jornadas yendo alternativamente en el carruaje o a caballo. Los más intrépidos hacían todo el trayecto sobre el lomo de los caballos de las postas. Este era el “método gaucho”, de viajar en las pampas, pero no era recomendable para quien tuviese los músculos flojos.

Después de haberse decidido por algunos de estos recios métodos de transporte y una vez terminados los preparativos para su heroica jornada, el viajero estaba listo para lanzarse a través de las pampas.

Apenas había salido de los límites de Buenos Aires, comenzaba a toparse con las extremas dificultades que le esperaban. Los caminos eran tan malos que a veces ponían a prueba todo el ingenio del viajero en sus intentos por recorrerlos. Pero el horizonte encendía, a lo lejos, su reclamo. Y sobre ruedas retobadas o al galope de los patrios, se marchaba hacia la aventura.

EL SAPO

En el folklore calchaquí, el sapo, aparece íntimamente vinculado al fenómeno de la lluvia, y la creencia fetichista del pueblo, heredada de la antigüedad, atribuye a este animal y a la rana la virtud de hacer llover, atrayendo a las nubes, siendo el trueno lejano el anuncio de que su voluntad se cumple.

Cuando en los valles la seca se prolonga y la naturaleza comienza a languidecer bajo la acción enervante del calor, remuévense las piedras contiguas a las vertientes y manantiales, y no bien se da con un sapo debajo

de ellas, tórnase al animal, se le ata una cuerda de la pata y luego se le cuelga de la rama de un árbol, para que perezca si no quiso o no supo llamar a las nubes.

Otras veces se lo estaquea en el suelo, para que lo abraze el sol, castigándolo con un gajo de ortiga o cualquier arbusto espinoso, a fin de que apresure la llegada de la lluvia, que es la única que podrá lograr su liberación.

Este mismo sacrificio del sapo tiene lugar cuando se oye el ruido lejano de la piedra, con el propósito de que deje de caer inmediatamente, librándose las mieses de tan terrible azote.

En el valle de Catamarca, la sierra del oeste lleva el nombre de Ambato, que significa sapo, nombre que sin duda recuerda al fetiche o al dios de la montaña, que guarda en su seno centenares de corrientes de agua y que alimenta numerosos rebaños.

El sapo, es tenido por un gran mago y a él se acude en los asuntos de conjuros y hechicería, pues hasta llega a demandársele que haga daño a una persona determinada, generalmente en cuestiones relacionadas con el amor.

Más, no sólo en el valle calchaquí el sapo es fetiche animado que hace llover, en San Luis, es frecuente ver colgado de una pata y en la rama de un arbusto a un sapo vivo. En Entre Ríos, se lo estaquea con espinas de naranjo, pero sobre una cruz de ceniza. Y en La Pampa echan sapos vivos a los jagüeles para que siempre conserven agua, pues dicen que aquellos animales son los que se encargan de abrir las vertientes.

Es sobre todo en la cerámica de los pueblos calchaquíes donde el sapo, aparece con marcada repetición, casi siempre pintado de una manera convencional, junto a serpientes o avestruces, seres sagrados íntimamente relacionados con la lluvia.

En la alfarería funeraria, el sapo lleva una cruz pintada en el lomo, lo que equivale a una doble invocación acuática, reclamo eterno de los hijos de la gleba.

SANTOS VEGA

En 1838, Mitre compuso en el destierro su elegía a Santos Vega, payador argentino. Por vez primera, el nombre del cantor vagabundo se incorpora a nuestra literatura.

Gauche valiente y romántico, había andado por puestos y pulperías, con la guitarra terciada a la espalda, rimando alegrías y pesares ante los fogones donde se doraban los churrascos y frente a las mesas pulidas por el roce, sobre los cuales los naipes habían olvidado el color.

Bardo inculto de la pampa, como lo llamó Mitre, su nombre había crecido de pago en pago, decorándose de inventadas virtudes. Dijérase que cada uno de esos paisanos ásperos y sensibles, cuando aquel nombre pasaba por sus labios haciéndole temblar la barba de chivato, quiso agregarle algo de sí mismo, lo mejor que en su pecho escondía, para transformarlo así, progresivamente, en un depurado arquetipo de nobleza criolla.

Hubo un momento en que fue imposible aislar la verdad y el mito, tan estrechamente enlazados estaban. Todos aseguraban haberlo visto, en las estancias, en los ranchos de los peones, bajo las ramadas donde se guardaban

los aperos, o apareciendo sin anunciarse en mitad de una riña de gallos, de una partida de taba, de un baile o de un velorio, para decir sus versos y largarse nuevamente hacia las soledades de la llanura.

¿Cómo podría haber muerto aquel cantor sin igual? ¿Qué fuerza superior a la suya podía haberle derrotado? Sólo el Diablo, el Gualicho pampeano, era capaz de tal hazaña.

Como un lamento largo, la pampa toda repitió que Vega “murió cantando su amor, como pájaro en la rama”. Los gauchos abrieron su tumba al pie de un tala perdido, tan inmaterial como su recuerdo.

Así también, debajo de un tala y en medio de una tormenta, nació Hilario Ascasubi. Al amparo del tala nudoso, en tanto los truenos enloquecían al ganado cimarrón, Hilario Ascasubi recibió, como invisible presente, aquella guitarra de Santos Vega, en la cual afirmarí una nueva bordona templada.

Pero esa cuerda argentina, que alegró la rueda de los fogones y encendió el furor de los tiranos, también saltó en pedazos una madrugada, el 17 de noviembre de 1875.

Arrebujado en su poncho, mortecina la mirada, Ascasubi aguardó, la llegada de la muerte, aparcera fiel de guapos y maulas, de gauchos y cajetillas. Se fue de la mano de su Paulino Lucero, para seguir cantando por los anchos campos donde vagaba el alma del viejo Santos Vega.

LA GUITARRA

Cuando el conquistador hispano llegó a estas tierras legendarias, en busca de fortuna y de aventuras, nos trajo un inestimable regalo: la guitarra.

En ella se consolaban de la ausencia de sus seres amados y de su lejano suelo natal recordando la música del terruño.

El criollo, hombre representativo de la nueva estirpe –nuestros primeros gauchos- mezcla de hispano y de indígena, escuchaba cantos hispánicos y los adaptaba intuitivamente a su propio modo de sentir creando, a su imagen y semejanza, las nuevas formas que habíase de plasmar la música argentina, con caracteres particularísimos en la que exponían sus sentires, sus pensamientos y expresaban lo circundante y lo que estaba en su alma.

A ese conjunto las tonadillas –nosotros decimos tonadas-, las muñeiras, las soleares y otros cantos, transformáronse en música de nueva forma y esencia.

El “cielo”, el “malambo”, el “triumfo”, la “huella” etc., son las flores de aquellas semillas. Tomó carta de ciudadanía la “cifra”, el más español de nuestros cantos, puesto que servía hace algunas décadas en que la oímos, sin notables variantes, en Castilla la Vieja.

Y nada mejor para acompañar canciones y danzas, que la guitarra, que paso a ser el instrumento más grato al nativo y en ella se cantaron los primeros estíos, los tristes y las vidalitas. En la guitarra criolla se mestizó el litúrgico y solemne “haraví” del incario traduciendo los acentos del yaraví apasionado del cholo.

Y desde Méjico hasta los canales fueguinos, la guitarra, siempre la guitarra, es el insustituible instrumento para expresar la emoción criolla, la armonía de América.

Puede afirmarse, que si la Cruz y la espada fueron los primeros elementos de la conquista, a la guitarra le correspondió desempeñar su papel dulcificador de la gesta conquistadora.

A la guitarra, nuestro gaucho la hizo su leal y amante compañera, en los buenos cuanto más en los malos tiempos de su vida. Abrazada a su cordaje, no sabía de frío ni de soledad. Sus cuerdas se expresaban por su corazón y por sus labios.

ARBOLES CON PERFUME DE PATRIA

Muchos árboles tienen una tradición que los liga a la historia de la patria.

Ahí esta, para citarlo en primer término, el pino de San Lorenzo, en las cercanías de Rosario de Santa Fé, único testigo que resta de la jornada librada el 3 de febrero de 1813, con la que San Martín comenzaba a aureolar su inigualada campaña militar de América.

No se había apagado el fragor del combate todavía, cuando a la sombra del ya añoso pino, situado en el huerto del convento, dictaba San Martín el parte de la victoria.

Gajos de ese árbol, acaso plantado por los jesuitas al promediar el siglo diecisiete, ornaron el féretro del libertador al ser repatriados sus restos mortales, en mayo de 1880.

En Buenos Aires crece todavía un aroma que cuenta más de un siglo de vida y que perteneció a la que fuera residencia de Rosas en Palermo. Cerca de él se levanta ahora, la estatua de Domingo Faustino Sarmiento.

Ese aroma, según cuenta la tradición, fué plantado por Manuelita, y bajo su protectora ramazón don Juan Manuel dormitaba alguna siesta y solía tomar mates que le alcanzaba su hija.

Es fama que esas ocasiones eran aprovechadas por ella para interceder por algún sentenciado, y de la frecuencia de su éxito habla el nombre con que lo hizo bautizar la gente: "aroma del perdón".

No faltan los árboles con destino trágico. En San Nicolás, sobre el arroyo del medio, fué fusilado en 1839 el gobernador de Santa Fé, don Domingo Cullen.

La ejecución se hizo sobre un tala inclinado por el viento, cuyo tronco sirvió de banquillo de la víctima; árbol que ya no existe como no existe el ombú a cuya sombra dirigió los movimientos de su división, en Caseros, el coronel Cesar Díaz.

El ejército auxiliar del Perú, al mando del general Belgrano, se aprestaba para la batalla de Salta. Había vadeado al río Pasaje y formado en cuadro sobre la margen del mismo, frente a una añosa tipa que se erguía al borde del barranco lamido por las aguas.

Hizo leer el general la circular del gobierno declarando la instalación de la Asamblea Soberana, que inaugurara sus sesiones el 31 de enero de 1813, y en la que ordenara jurarle obediencia.

Se hizo presente entonces el mayor Díaz Vélez que traía, escoltada por una compañía de granaderos, la bandera blanca y celeste, enarbolada ya en las baterías de Rosario, bendecida en Jujuy y arriada por orden del gobierno.

Belgrano, que había prometido guardarla hasta el día de una gran victoria, desenvainando su espada, dijo: “este será el color de la nueva divisa con que marcharán al combate los defensores de la patria”.

Juró primero el general y muy pronto tres mil voces respondían: “Si, juro!”, besando cada soldado la insignia de la patria en la cruz formada por la espada de Belgrano y el asta de la bandera.

En el tronco del árbol que fuera testigo de la emocionante ceremonia, dentro de un círculo de palma y laurel, alguien graba esta leyenda: Río del Juramento. Y debajo, la siguiente estrofa:

“Triunfaréis de los tiranos
y a la patria daréis gloria,
si fieles americanos
juráis obtener victoria”.

LA TABA

Como muchos otros juegos, la taba, no es originariamente de nuestro país, ni siquiera de América. Su origen es asiático.

Los árabes y los persas jugaban a la taba hace muchos siglos, y se practicaba en las altas esferas sociales de Grecia, donde las aristocráticas damas jugaban con taba de corderito, sobre lujosos tapices.

Pero los argentinos, puede decirse que han nacionalizado dicho juego, porque en sus prácticas le han dado carácter propio y por consiguiente lo han incorporado al acervo folklórico.

De ahí que la taba sea considerada como “juego nacional”.

La taba, tuvo y continúa teniendo su apogeo en las estancias. Difícil es que en un establecimiento de campo, un día de entretenimientos, no se “tire” a la taba. Esta, es un hueso del pie del animal en forma de S. alguna vez, esta S hállase al revés, por un defecto de conformación y entonces se la denomina taba “zurda”. Una vez, quitada del animal sacrificado, se la coloca en la puerta de un hormiguero, para que estos voraces insectos se encarguen de limpiarla...

Compónese de dos fases: la “suerte” y el “azar”.

La primera decide la jugada, en todos los casos, favorablemente al que la tira.

Si cae del lado del “azar”, es perdida. El tirar la taba es cuestión de habilidad o destreza. Se tira de vuelta y media, de dos vueltas o de varias, según sea el gusto de cada cual.

La distancia que está fijada por una raya en el suelo, varía entre tres y cinco metros, y ha de elegirse un terreno blando, si es posible.

Sus aspectos característicos se clasifican de: “Suerte”, “azar”, “clavada” y “pinino”.

La primera se llama así, porque cae del lado de la S.

La segunda, cuando cae del lado contrario de la suerte.

La tercera, cuando se clava propiamente del lado de la suerte y la cuarta cuando queda haciendo equilibrio, parada de punta, en cuyos casos, los tantos valen dobles.

Hay 3 clases de tabas: la natural, la cargada y la calzada.

La primera es como su nombre lo indica: natural.

La segunda consiste en un plomo que se coloca en un hueco practicado de ex profeso en uno de sus costados.

Y la tercera, se llama así, porque se le coloca una chapita de acero o de bronce en las puntas, a fin de que clave más fácilmente.

La taba, unió a muchos paisanos haciéndolos amigos en las buenas y en las malas. Con ella se organizaban reuniones donde se acortaban las horas de los días no laborales. La taba, se diluye, también en el tiempo.

EL CEIBO

Al dictaminarse sobre el árbol que habría de representar a la “flor nacional” se eligió a la flor del ceibo, quedando consagrada en tal carácter.

El ceibo, es un árbol del tamaño del algarrobo; se desarrolla en casi todo el país, contrariamente a lo que muchos creen atribuyéndole un origen y existencia mesopotámicos.

Hay ceibos en Buenos Aires, en Entre Ríos, como en Córdoba y Salta. Pero es más frecuente en las riveras del Paraná y en las grandes islas del Delta.

Dando su poética pincelada al paisaje, se asoman éstos árboles, con sus vistosas flores rojas, desde el laberinto selvático, ofreciendo al viajero el tributo de su pintoresca visión, llenos de nidos y cantos. La palabra “seibo” se escribe con S o con C indistintamente.

Es pues, el ceibo –al cual le han cantado mucho los poetas, comenzando por don Rafael Obligado- un árbol risueño y extraordinariamente hermoso de nuestra flora.

Lástima grande que la flor carezca de perfume –máxime que el perfume es el alma de las flores- y que su madera sea vana, ya que por su inconsistencia no se emplea en construcciones y ni siquiera para leña.

Me lo dijo un indio viejo y medio brujo
que se santiguaba y adoraba al sol:
los ceibos del tiempo en yo era niño
no lucían flores rojas como hoy.

Pero una mañana sucedió el milagro;
es algo tan bello que cuesta creer;
con la aurora vimos al ceibal de grana
cual si por dos lados fuera a amanecer.

Y era que la moza más linda del pago,
esperando al novio toda la velada,
por entretenerse se habia pasado
la hoja de un ceibo por entre los labios.

Entonces los ceibos como por encanto
se fueron tiñendo de rojo color...
tal lo que me dijo aquel indio viejo

que se santiguaba y adoraba al sol.

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

La llaman todavía “Los Ombúes”, pero ya no quedan más que algunos pocos de los veinticinco árboles que le prestaron el nombre primitivo. Algunos otros paraísos, acacias y algún árbol del cielo, la rodean ahora con una sombra ligera y transparente, en el silencio poblado de rumores misteriosos y secretos, con que se advierte el sopor de la siesta en esos campos, acariciados por un viento húmedo que ha venido atravesando al trotecito, como de pasada, las tres leguas escasas que separan el lugar de las riveras quilmeñas del inmenso río.

Todas las biografías de Guillermo Enrique Hudson, afirman que ha nacido en Quilmes, pero esta verdad ya no es oficial aunque siga siendo histórica, porque la toponimia legal y de los catastros puede afirmar ahora que los veinticinco ombúes están enclavados en el partido de Florencio Varela y a pocos metros de la estación Bosques.

La casa está en el cuadro de una pequeña ondulación del terreno que la eleva un poco, sin concederle todavía, sin embargo, las preeminencias de la loma. Pero es suficiente para levantarla levemente sobre la llanura, que hacia el sur y al oeste es todavía campesina y rala, aunque el abrazo mortal de los loteos suburbanos la venga estrangulando lentamente desde el norte y desde el río.

Detrás de un alambrado que bordea el camino, los cardos han adornado decorosamente la pequeña columna de mampostería descascarada donde una herrumbrada placa de metal, sale al paso del curioso, para tratar de anunciarle, que ya está cerca de la casa donde ha nacido el autor de “Allá lejos y hace tiempo”.

Ahí nació y vivió todos los años deslumbrados de su infancia, un muchachito que supo escuchar, como no supo escucharlas ningún otro, las más profundas y misteriosas voces de la tierra.

Un muchachito que se tendía de espaldas, por las noches, sobre esa misma tierra perfumada de cardos y trebolares, para contemplar las estrellas, dialogando con los luceros en silencio y esperando el alba para escuchar las melodías de una calandria mañanera.

Ya no queda nada en la casa que pueda recordar al muchachito aquel. Pero, todo, en cambio, lo recuerda en sus contornos, en el color de las nubes, en los horizontes abiertos, en el verde amarillento de los pastos.

Acaso, también el aire tenga el eco de su voz: La voz del muchachito que fue Guillermo Enrique Hudson.

LA CHINA

¿Qué es la china? ¿Quién es la china? La china no es una raza; es un tipo de mujer, producto social generado por el cruce de sangres indo-hispanas, en sus comienzos, indocriollas en sus postrimerías.

Aparece en los albores de la conquista y se perpetúa a lo largo de la Colonia por obra del contacto fecundo entre pobladores de los endebles centros urbanos y el aborigen circundante.

Si fue indo-hispano en sus comienzos, este proceso social se proyecta durante la Independencia, traspone los tiempos de la anarquía y el despotismo y va a rematar en las últimas dianas de la conquista del desierto, cuando desaparecen los campamentos y las tropas de líneas se refugian en la urbanidad de los cuarteles.

La milicia argentina, a partir de los primeros ejércitos desprendidos de Buenos Aires, contó siempre con la colaboración de la china en la vida de los campamentos.

Lo propio ocurrió durante las guerras civiles, al servicio de militares, gobernadores y caudillos. Pero si meritoria fue su acción en los umbrales de la nacionalidad, su presencia en la vida militar toma ponderación a partir de la caída de Rosas y en la campaña del desierto, donde muchas chinas, de sangre mestiza, prestan a las tropas importantes servicios como espías y lenguaraces.

Quienes se han deleitado con la lectura de ese admirable libro de Mansilla sobre su audaz incursión por los campos ranquelinos, no habrán podido menos que apreciar con simpatía la presencia de la china Carmen, mujer de veinticinco años, hermosa y astuta, adscripta a una comisión de las últimas que anduvieron en negociados entre Mariano Rosas y nuestro ilustre coronel.

Carmen fue confidente y amiga de Mansilla. No fue agregada sin objetivo a la comisión o embajada ranquelina, en calidad de lenguaraz, que vale tanto como secretario de un ministro plenipotenciario. Había sido despachada por el cacique máximo, con instrucciones precisas y confidenciales. Y a fe que durante algún tiempo se ingenió con bastante habilidad y maña.

Pero si llevaba, como pudo haber ocurrido, el cuchillo en la liga, supo el coronel sortear, con elegante varonía y estrategia militar, cualquier añagaza femenil o tentativa de emboscada.

Mansilla recibió cautelosamente a la mediadora y esquivó, como él mismo lo dice, todas las seducciones a que está expuesta la diplomacia de una jefa de fronteras, teniéndoselas que haber con secretarios como la china Carmen.

RUEDAS EN EL ORIZONTE

Para dar una vuelta a la majada, revisar el rodeo, ir hasta la esquina o a lo de algún compadre, el caballo fué siempre lo mejor. Pero el progreso hizo ver, poco a poco, que cuando había que dar un galope algo serio, para alguna dirigencia en el pueblo, lo más lindo era hacer el viaje cómodamente sentado y suavemente hamacado en una volanta, vehículo que fué el primero en hacer olvidar la costumbre de ensillar.

La volanta, para los criollos emprendedores, era efectivamente una gran cosa: liviana, aunque de cuatro ruedas y seis asientos, podía usarse con o sin capota, con dos caballos o con uno sólo; de ruedas altas, para desafiar las grandes crecidas en los cañadones, y de elásticos reforzados, de patente, para

resistir, en tiempos de sequía los más rudos socotrococos y los tumbos más traicioneros en los caminos endurecidos.

Para quien no disponía de tanta plata como había que tener para darse el lujo de pasear en volanta o americana –como también se la denominaba- el sueño dorado era comprar un breque, con el que era fácil hacer grandes recorridos, desdeñando el tren, aunque para ello era preciso disponer de una buena tropilla de caballos, para mudar por el camino.

Por esos tiempos también comenzó a ponerse de moda el sulky, aunque resultaban un poco peligrosos para cortar campo. Era, sin embargo, el vehículo ideal para los mozos que salían a lucirse por las calles del pueblo. O para los acopiadores, que siempre andaban apurados, sin acordarse de que los huesos son quebradizos.

En más de un poblado, despertaba el revuelo de grandes y chicos otro rodado pampeano, utilizado generalmente por estancieros ingleses y al que estos denominaban vagón. Tanto era bueno para llevar cargas a la estación como para conducir un cargamento de visitas, de esas que por temporadas se largaban al campo a comer un asado jugoso. Pero con el vagón tenían un inconveniente: costaba quinientos pesos. ¡Una barbaridad!

De todos modos, la carreta de bueyes fue desapareciendo. Con más firmeza, aguantó el carro de caballos, empeñado en la humilde tarea de transportar pesadas cargas por entre los trigales o a la vera de los jugosos potreros donde la novillada va entrando en carnes, hasta que le llegue la hora del embarque.

Ruedas que abrieron huella y rumbos en el desierto y que todavía siguen escribiendo la historia de un pueblo laborioso y noble.

EL JUNQUERO

El delta sigue siendo la tierra del génesis. Es una tierra liviana, formada por la enorme masa sedimentaria de limos fluviales y polvo arrastrado por el viento.

Constituye así una fuente de los primeros principios, una naturaleza virgen, salvaje y solitaria, donde es fácil desentrañar los símbolos en torno al mundo, al hombre y al trabajo.

Uno de los grupos humanos que viven allí, moldea su vida y sus necesidades de acuerdo con formas personales libres. Son los junqueros, que moran en tierras fiscales.

Se introducen en ellas, levantan sus ranchos con troncos de sauce, paja, barro y junco; no pagan arriendo; no formalizan contrato. Esas tierras fueron ganadas al río por el junco que explota el junquero, y que es su medio de vida y el de los suyos.

Es un oficio tan antiguo como la existencia del hombre junto a los ríos. Los aborígenes del litoral techaban sus chozas con juncos. Los junqueros respetan la prioridad en la ocupación de la tierra; se entienden bienamente y se protegen donde moran. El oficio que ejercen es duro y los riesgos grandes, se consideran en desamparo y por lo mismo evitan los desencuentros por razones de trabajo. Su vida y sus preocupaciones giran en torno al “unco”, como ellos pronuncian.

Para el junquero existe un triángulo vital cuyas líneas son: río, junco y tierra nueva. El río es el elemento primordial; es el que da vida al junco, y este permite que surja la tierra nueva, porque detiene el limo y el barro de las erosiones.

El junquero no es como el nutriero, no es el hombre alzado, no es que vive clandestinamente. Su medio de vida es el trabajo. Familias enteras: abuelos, hijos, nietos, salen del mismo rancho a cortar los juncos.

El junco crece de modo espontáneo en lugares húmedos. Llega hasta más de dos metros de altura. Es flexible, puntiagudo, cilíndrico y esponjoso por dentro. Brinda varias cosechas al año, y hay que cortarlo cuando las aguas están en bajante. Para que el corte sea en lo más bajo de la planta y de más rendimiento.

La flor del junco nace en la punta del vástago, que se abre apenas para dejar paso a unos diez estambres amarillo-verdoso que se dividen en otros más pequeños, en cuyos extremos aparece la flor, compuesta de múltiples granos como el lino, pero de piel áspera color ocre.

EL MALON

La celeridad de los movimientos del indio, con el desierto a sus espaldas constituía la base de su poder.

Las tropas, con los salvajes a la vista llevándose cantidades de yeguarizos al galope, nada podían hacer a veces con sus cabalgaduras agotadas, que no pasaban del trote.

En vano las autoridades de las poblaciones asomadas a la frontera multiplicaban sus esfuerzos para reunir cantidades de caballos y hombres. ¿De qué podía servir todo eso, cuando el enemigo ya había desaparecido?

Descontada tal o cual casualidad, la acción de las fuerzas en la frontera no pudo ser nunca preventiva. Bastaba que ellas avanzasen sobre la dilatada línea de fortines, al encuentro de los invasores, para que los indios eludieran su contacto mediante sus "bomberos" habilísimos.

Y el malón, como un viento devastador, se echaba sobre los míseros poblados a punta de alarido y a revolear las lanzas emplumadas.

Nada podía detenerlo. Solamente podía darse con los salvajes a su regreso, cuando se iban cargados con el botín. Pero la intervención militar no impedía la desolación de los campos, la ruina de las casas saqueadas y entregadas a las llamas, ni la muerte de los pobladores.

No habían desaparecido los efectos del malón, no se habían repuesto aún los daños ni cumplido todavía el término del luto llevado por los deudos de las víctimas, cuando el tropel de la indiada percutía el ancho tambor de la pampa, convocando los fantasmas del miedo y la tragedia.

La gente no ignoraba todo aquello. Sin embargo, junto a las taperas en donde habían quedado blanqueando los huesos de los primeros habitantes, en la misma línea tendida como un desafío sobre el rostro hosco del desierto, o avanzando aún más sobre él, tornaban a levantarse otros ranchos de nuevos pobladores, plantados allí, en un viril retruco a la muerte.

Eran generaciones destinadas a poblar, sacrificándose por la posteridad en una misión colectiva, no siempre comprendida por los ejecutantes, urgidos

por la vida sobresaltada y recia, áspera como los cardos que habrían sus pupilas azules sobre el testimonio mudo de las osamentas, abono de patria nueva, umbral calcinado del porvenir.

LOS LANCEROS

A tan larga distancia en el tiempo, resulta difícil imaginar el poder fascinante, el prestigio de fiereza y el aire místico de titanes y de cíclopes, que rodeó a los lanceros de renombre, allá en los días de querellas y cargas, de sacrificios sublimes y de crímenes sombríos.

Donde había una chuza con mango de ébano, de tacuara o de peterebí retobada con piel de guanaco o de chivato, de león o de gato montés y manejada por un brazo fuerte, allí estaba la victoria.

Esa lanza, al clavarse en el remolino de hombres, iba abriendo cancha, trazando una picada, cavando un surco y sembrándolo de laureles. Y por la picada se atrevía, avanzaba, atropellaba la montonera escurridiza o la huerte de línea.

Ante sus amenazas, ya sabían los enemigos qué actitud tomar. ¿Oponerse? Inútil. Dar paso, sí; y pegarse a las peñas y a los árboles para no ser hendidos por la moharra que venía relampagueando en los aires, heraldo de la muerte y del triunfo.

Para certificarlo, ahí están los hechos. ¿Quién, en las campañas del Alto Perú, se ponían por delante cuando debía pasar la lanza de Lamadrid? ¿Quién se opuso a la chuza de Pancho Ramírez, que peleaba por su tierra entrerriana y murió románticamente por defender su dama? ¿Quién resistió la lanza de Facundo? Y la de Olavaria, allá en la vanguardia, ¿no definió la victoria de Ituzaingo, pasmando a los mercenarios alemanes que apoyaban al emperador portugués?

Lanzas legendarias apuntalan las décadas teñidas de sangre y rebeldía. Una vez es la de Crisóstomo Alvarez, que subraya el triunfo de Angaco; o es la de Pringles, incansable y prodigiosa, en las lides que tuvieron por escenario las tierras cordobesas.

Y pasan los años, viene Caseros. Llega Pavón. Todavía Juan Saá muestra a los porteños la firmeza del brazo puntano y el temple de sus lanzas. Y en la organización nacional, cuando los ejércitos de Buenos Aires avanzan pampa arriba y montañas adentro, quién fue el guapo que se atrevió a ponerse delante de la chuza esgrimida por el fiero coronel Ambrosio Sandes?

En la guerra del Paraguay, no habrían cancha los guaraníes cuando gritaba **Envido!** La lanza de Dominato Sánchez, el paladín moreno, de pelo grinado y ojos verdes, riojano fogueado en entreveros donde el que no paraba de valiente se pasaba a temerario.

Los brazos de aquellos lanceros parecían nutridos por la savia del terruño; en su denuedo y en su coraje tremolaba el grito telúrico de las sierras y los llanos. Grito con sabor a monte y arena, a muerte y gloria. Grito de eternidad.

HILARIO FERREIRA

Grande era la difusión de imágenes en la jurisdicción puntana, aunque en 1702 no hubiera un San Luis de bulto en la iglesia matriz, como lo señalaban los capitulares en uno de sus acuerdos.

La virgen del Rosario acaparó en forma notable el fervor de los puntanos, sin que los inventarios dejen de consignar otras advocaciones, como la Purísima Concepción, Nuestra Señora de Luján, La Virgen de los Dolores, Nuestra Señora de Copacabana, Nuestra Madre de Mercedes o Nuestra Señora del Carmen.

San Antonio y San José, Santa Rosa y San Vicente, por no citar más que unos pocos, también aparecen mencionados con significativa reiteración.

Sin duda, muchas de esas imágenes de bulto provenían de otras regiones y se transmitieron, como preciada herencia, de padres a hijos. Pero es probable que, andando el tiempo, se tallaron también en esta provincia.

Antes de 1810, uno de los primeros pobladores del Fuerte de San Lorenzo del Chañar (situado al sudeste de la actual Villa Mercedes) era un pulpero y carpintero Francisco de Candía –a quien no le cuadraba el Don, según afirmaban sus rivales, pero que tanto arreglaba una guitarra como hacía un San Antonio o un San Roque.

Por esos años descollaba en nuestra ciudad, tan escasa de artesanos, Hilario Ferreira, el “maestro Hilario”, como se lo designó hasta la hora de su muerte, pintor y santero de estima.

El decoró los altares de la iglesia matriz, en 1809, después de reconstruida, pues sus muros habían sido derrumbados, en gran parte, por un temporal que azotó a la ciudad.

Varias décadas más tarde, el maestro Hilario secundó eficazmente al gobernador don Pablo Lucero, en su empeño de reedificar la capilla de San José del Morro, pintando su altar mayor y tallando para ella un crucifijo.

En 1852, ya se lo designa abiertamente “maestro escultor” y se le encarga recomponer la imagen del patrón San Luis, lo que testimonia su honrado quehacer, del que seguramente guardarían otros los hogares puntanos de entonces.

Hombre del pueblo, que tanto empuñaba la gubia como la espada o la lanza, ha merecido una fervorosa página del doctor Nicolás Jofré, siempre encendida de amor por las cosas del terruño.

Algún día, el nombre de este casi ignorado precursor de las artes plásticas puntanas, será puesto al frente de algún taller, donde nuestras juventudes emprendan el camino hacia la suprema Belleza.

EL CABALLO

Sabido es que el caballo no es originario de América. Lo trajeron en la lujosa expedición del magnífico adelantado don Pedro de Mendoza, procedente de la región de Andalucía, cuando fundó Buenos Aires en 1535.

Según el padre Rivadeneira, cuando los españoles abandonaron el real de Mendoza, en 1537, dejaron en completa libertad, diseminados por la pampa inmensa, cuarenta y cuatro caballos y yeguas. Ruiz Díaz de Guzmán limita el

número a siete caballos y cinco yeguas. Sea como fuere, la realidad es que esos animales se reprodujeron en forma asombrosa, hasta llegar a cantidades fantásticas.

Señoreando libremente en la vasta campiña, llegaron en sus correrías a Santa Fe, pasando a Entre Ríos y Corrientes, transformándose luego en el útil instrumento que tantos servicios prestara al hombre en su continua lucha contra la naturaleza y en las labores del campo.

Estos caballos, nacidos y criados naturalmente, fueron calificados de cimarrones; y bien les estaba el nombre, pues eran animales cerriles, salvajes, que hasta atacaban al hombre en grandes manadas, causando terror a las caravanas si llegaban a embestirlas, como sucediera en diversas ocasiones.

Más tarde, nuestro criollo encontró la palabra apropiada para esta clase de caballos, antes de ser domados por la inteligencia y la habilidad el hombre de campo. Los llamó baguales, sinónimo de potro, bravo, matrero, alzado.

Utilizados inteligentemente por el indio y por el hombre de la campaña, se introdujo en la vida campesina un elemento nuevo que cambio los hábitos y costumbres de todos.

El indio lo hizo suyo y desde su grupa tuvo la sensación del dominio de la tierra que antes solo recorría a pie y en radios pequeños. Amplió así su horizonte y sus energías, multiplicando sus medios de vida, facilitándoles la caza y hasta aprovechando su carne, que desde la aparición del yeguarizo, constituyó la base de su alimentación.

Utilizó el cuero, la grasa y los huesos y finalmente le sirvió para atacar y defenderse del blanco, apareciendo y huyendo velozmente, y cometiendo también, con la ignorada complicidad del noble bruto, toda clase de tropelías en los malones terribles y traicioneros.

El caballo fue, más que el complemento, la mitad del gaucho, ya que sin él se desmoronaba la arquitectura del gauchaje, vida silvestre, bravía, libre y salvaje, nutrida no tanto de la ubicuidad del cuchillo siempre pronto, como de los cascos del corcel, fuese bagual o redomón.

LAS CAUTIVAS

Hace poco menos de noventa años, las avanzadas de la civilización, situadas en parajes adonde hoy llegan en pocas horas el automóvil, el tren y hasta el avión, vivían bajo la amenaza permanente del salvaje.

Al caer la noche era difícil que un hombre de campo se entregara al sueño sin haber observado con recelo el oeste o el sur.

Si notaba algún indicio sospechoso, aplicaba con atención el oído a la tierra. Y si persistían sus dudas, ataba cerca un caballo, cuyo instinto lo hacía el mejor centinela. El animal no se equivocaba: daba la alarma, con anticipación sobrada, su relincho entrecortado y los golpes inquietos de sus cascos sobre el suelo, erguidas las orejas señalando al Desierto y brillándole los ojos en la oscuridad, como si a través de la noche viera avanzar la horda.

En el corredor tradicional de nuestras estancias viejas, cuantas veces un actor o un testigo de la generación extinguida ha tenido absorto a su auditorio, refiriendo pormenores de la lucha sin igual!

Las noches en que el patrón dejaba las casas y salía a dormir escondido con sus hombres entre las matas de pasto puna, la marcha precipitada, arreando a pecho de caballo la hacienda que se intentaba salvar; la huída a media rienda, tropilla por delante, sintiendo a las espaldas los alaridos infernales del indio, cuando no algún tiro de sus boleadoras; los cuerpos a cuerpo; a puñal y a bolas, o el entrevero a campo abierto, en que cada cristiano tenía frente a sí a más de un **chino**, como se les llamaba entonces, porque los indios siempre aventajaban en numero.

Más trágica todavía era la evocación de la lucha en las casas, cuando eran sorprendidas y rodeadas, pues la defensa duraba lo que la munición: horas o días.

Una polvareda lejana podía ser el socorro anhelado, sin embargo cuántas veces resultó refuerzos de la indiada!

Y quien no se conmovería, ante la desgracia de las cautivas, arrancadas con fiereza de los cuerpos de sus hombres caídos en la lucha, para ser levantadas sobre la cruz de los redomones, entre los brazos nervudos del indio que olía a potro!

La retirada de los salvajes no era la vuelta a la normalidad. No podía serlo, porque daba comienzo el balance de los daños y desgracias, epílogo de amargura y dramática magnitud: la casa incendiada, era la intemperie, quedar sin caballos, el naufragio en la pampa; el robo del ganado, la pobreza; el padre o el marido muerto, el desamparo; la madre arrebatada, robada del hogar, la orfandad, la soledad y el dolor. Y si se nos ocurre pensar que sentía la cautiva que debía servir al indio sucio y malvado, estalla el corazón de pena...

EL RASTREADOR

El rastreador es un personaje a cuyas afirmaciones, todos le dan crédito. Existió desde los albores de nuestra patria y gozaba de prestigio y consideración.

La ciencia del saber que poseía, le dio cierta dignidad reservada y misteriosa. Si un robo se había ejecutado durante la noche, no bien se notaba, corrían a buscar una pisada del ladrón y encontrada se cubría con ramas o algo semejante, para que el viento no la disipara. Se llamaba enseguida al rastreador, que viera el rastro.

A ese rastro lo sigue, mirando de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve la pisada, que para otros era imperceptible.

Atraviesa calles, huertos, campos, ríos, montañas y llegando a un lugar insospechado señalando a una persona que encuentra, dice fríamente:

Ese es! El delito está probado y muy raro era el delincuente que resistiera a esa acusación. Para él, más que para juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma. Negarla sería absurdo. Se somete, pues, a este testigo, que considera como el dedo de Dios que lo señala.

Don Rufino Natel, fue un hijo de San Luis, que se distinguió como rastreador, fue el detective gaucho, que atisbando desde el pico de las lomas lejanas dejó páginas imborrables para la posteridad.

El fue un detective criollo
sin talento y sin estudio.

Más, nunca tuvo repudio
por los montoneros, él
pero ningún criminal
le iba a ganar de mano
Porque así era de baqueano
el gran Rufino Natel.

GENERAL MARIANO DE ACHA

Los años no han podido apagar el verdor del retamo, encaprichado en dar sombra al rancho donde el viento afila sus uñas de león. La sal espejea mordida por el sol, dondequiera que se mire. Apenas si por ahí, el horizonte se amansa con la humildad de las jarillas, en las que septiembre se vuelve pequeña flor de oro, preludio de la lluvia que vendrá, cuando el verano encienda su hoguera.

Pero ahora, por el camino polvoriento, son otras llamaradas las que avanzan, entre refucilos de moharra. Todavía se estremecen con las cargas de Angaco y el zonda las aguza, como en aquella jornada en que la victoria se puso del lado del fraile Aldao.

Dicen que van para Buenos Aires los soldados federales...entre ellos, el infortunio del bizarro general Mariano de Acha es una llama azul que languidece, y en verdad que no otra cosa que una llama unitaria, semeja el aventajado discípulo de Rauch el formidable, el decidido camarada de Pringles...Azul la blusa de paño, azul el ajustado pantalón que aprisiona las botas de Becerra. Y azul, gloriosamente azul la gorra de manga que aletea como un pájaro herido, junto al rostro tostado por el sol y acaricia, en un adiós de libertades, la amplia barba de oro y cobre.

Desolado paraje ese de la Cabra. Jirón de travesía que sueña con la caridad de las represas y el encajonado cristal del desaguadero. Páramo en el que cae una noche ensangrentada cuando el prisionero, atado codo con codo y arrodillado sobre la arena centellante, siente su espalda mordida por la descarga ignominiosa.

Hasta el rancho abandonado llega su grito de rebeldía: "Yo no soy un traidor!"... Tiemblan las matas de paja estremecidas por una ráfaga de odio y de malos recuerdos. Y el fantasma de Dorrego, aquel su compadre que el mismo Acha entregara en otro triste rancho de Navarro, parece abrirse paso entre las jarillas y los retorcidos chañares, mudos testigos de la oscura siembra de los hombres.

Pero ya la cabeza del infortunado, clavada en un gajo de retamo, concita la ronda de los jotes. Y ahí queda, inútil bandera que se desgarran en largos coágulos sobre el verdor del árbol solitario, en el que mañana la piedad encenderá velas de cebo acaso para que la leyenda haga nido por ese triste lugar de la Cabra.

Dicen que alguien grabó una cruz en el tronco del retamo, y dicen también que por las tardes, cuando el pastor guiaba la majada hacia el corral, una pobre mujer se aproximaba al árbol para murmurar valla a saber que oraciones.

Así habrá sido. Porque no en vano echaba a volar el canto de algún tropero, cortando esas soledades:

“Cerrá tus ojos, milonga
al pasar frente a esos ranchos
que son ojos los que están
picoteando los caranchos”.⁽¹⁾

LOS BLANDENGUES

Desde 1783, Mendoza, La Rioja, San Juan y San Luis dependían del gobierno de Córdoba. La primera de las ciudades nombradas, a 150 leguas de Córdoba, fue víctima del ataque de los pehuenches hasta 1780, en que se avinieron a la paz y se constituyeron en sus guardianes contra las acechanzas y desmanes de los huiliches, sus enemigos.

Únicamente tenía para su resguardo esta frontera el fuerte de San Carlos, pobremente guarnecido. San Juan estaba más alejada de los indios, pero no dejaba de ayudar a Mendoza en sus aprietos. La Rioja, si bien se veía libre de tal peligro por su posición geográfica, nada podía hacer para acudir en auxilio de las otras provincias, pues carecía de los elementos necesarios.

Pero San Luis, ubicada entre Córdoba y Mendoza, desde comienzos del siglo 17, sufría el agravio de los bárbaros, de que le salvaría entonces el heroico denuedo de un Pedro Pérez Moreno: la sitiaron a mediados de ese siglo los pehuenches, pehuenches y araucanos, confederados para el malón, la saquearon en 1712, y arrasaron sus campos ocho años después, lo que obligó a situar destacamentos de miliciano al sur del río Quinto, para defender las tierras que iban desde el centro del Morro hasta el de Varela.

La línea de fronteras de Buenos Aires y Santa fe la cubrían los famosos blandengues creados en 1751 por el gobernador Andonaegui y denominados así, según es tradición, porque al pasarles revista en la plaza mayor, en señal de saludo blandieron las lanzas de que estaban armados.

Constituidos en sus comienzos en tres compañías de milicia regular denominadas la Valerosa, la Conquistadora y la Invencible, la primera ocupó el Sanjón, lugar inmediato a la ensenada de Samborombón; la segunda se situó en Lujan y la última en el lugar del Salto, cerca de la frontera santafesina.

Residían en campo volante, sin acantonamiento fijo, y estaban encargadas de custodiar el tránsito de las carreteras, medio de comunicación y de transporte tan importante entonces.

Según lo consigna un viajero de la época, todos los blandengues eran hijos de la tierra, excelentes jinetes, de poca disciplina y que más se acomodaban a la lanza, la boleadora y el lazo que a las armas de fuego.

Al comenzar el siglo 19, una década antes de expirar la dominación española, el rey reglamentó la milicia de infantería y caballería, mandando formar varios cuerpos de esas armas “para la defensa de las haciendas, vida y religión de los muy amados vasallos”.

⁽¹⁾ Crispiniano Chapanay.

CRISTIANOS EN LAS TOLDERIAS

La presencia de hombres blancos o cristianos en las tolderías indígenas, no siempre significaba cautiverio. Algunos eran refugiados voluntarios que, según las circunstancias, gozaban de cierta libertad y autonomía de acción.

Las persecuciones de la justicia y las guerras civiles explican, en su mayoría, estas deserciones de la civilización.

Liberato Pérez, el protagonista de "Painé", uno de los libros de Zeballos, salvó la vida, después de la revolución unitaria del sur de la provincia de Buenos Aires, refugiándose entre los ranqueles, cuyo gran cacique era enemigo de Rosas.

A su vez, el restaurador de las leyes, conservaba como un rehén a Paguitruz quien, devuelto más tarde con presentes y declaraciones de amistad para con su padre, fué después el famoso Mariano Rosas, cacique supremo de Leubucó y figura central del relato del coronel Mansilla.

Miguelito, el simpático personaje que Mansilla encontró en los toldos y quien se confesó puntano, nativo del Morro, contaba a Mansilla estas cosas:

"Siempre que puedo hacer una escapada, si tengo buenos caballos, me corto sólo, tomo el camino de la laguna del Bagual, llego hacia el Cuadril espero en los montes la noche."

"Paso el río Quinto, entro en Villa Mercedes, donde tengo parientes, me quedo allí por unos días, me voy después en dos galopes al Morro, me escondo en el cerro, en lo de un amigo, y de noche visito a mi vieja y veo a la Dolore."

"Usted sabe mi coronel, que los campos no tienen puertas..."

En otro plano, notables, ejemplos son los del coronel Baigorria y los hermanos Saá, que junto a otros refugiados formaron en las tolderías un grupo diferenciado e independiente, que participaba en extraña componenda de las características del campamento militar y del todo indígena.

Colaboraban en los malones, cuando no los organizaba por su cuenta, no escapaban a las intrigas y peligros de sus recelosos vecinos y hacían vida de indios, redimida por destellos de nobleza y compasión; estos sentimientos tuvieron más de un vez oportunidad de manifestarse con respecto a las numerosas cautivas, entre las cuales se contaron linajudas matronas, actrices dramáticas, mujeres del pueblo y hasta monjas infortunadas.

GENERAL JOSE MARIA PAZ

El general Paz, muerto en Buenos Aires el 22 de octubre de 1854, también hizo la historia y la escribió, como acertadamente se ha dicho de Mitre.

Cordobés de noble cuna, a los 19 años era capitán de las milicias de su ciudad natal, grado que le fue cambiado en abril de 1812 por el de teniente de Húsares de la Patria, entrando así a servir en el ejército de línea.

Estudioso y parco en el hablar, el camino castrense se abrió recto y promisorio para su voluntad sin desmayo y su valor sin desplantes, tanto que cinco años después ostentaba las charreteras de teniente coronel.

Sirvió a las órdenes de Belgrano en las campañas de Tucumán y Salta, y a las de San Martín mientras el vencedor de San Lorenzo ejerció el mando del ejército del Alto Perú. Con Rondeau peleó en Venta y Media, donde recibió la herida que lo privó de la mano izquierda.

Manco ilustre, a pesar de su juventud, la heroica conducta que desplegó en la recia jornada de Ituzaingo le valió ser promovido a general sobre el campo de batalla.

Hecha la paz con el Brasil, se sublevó con Lavalle en diciembre de 1828, invadiendo la provincia de Córdoba y derrotando a Bustos en la batalla de San Roque, eficazmente apoyado por los puntanos Pringles y Pedernera.

Proclamado gobernador de su provincia luego de este triunfo, batió por dos veces al Tigre de los Llanos con su magnífica estrategia, que Facundo calificó de "figuras de contradanza", después de la Tablada y Oncativo.

La casualidad, por no decir su orgullo, hizo que Paz fuera tomado prisionero por tropas santafecinas y a raíz de un tiro de boleadoras que cambió el curso de la historia al dar con el ilustre guerrero en la prisión, donde permaneció durante ocho años, escribiendo, haciendo jaulas de mimbre y saboreando el dulzor de la compañía de Margarita Weild, su delicada y estoica compañera, esposa y amiga, como aquella otra que aromó la vida del Libertador.

En 1840, el general Paz, pudo escapar de su encierro, refugiándose en Montevideo, de donde pasó a Corrientes para organizar el ejército con que derrotó a los aliados de Rosas en Caa-Guazú.

Tanto como sus victorias, los historiadores recuerdan las mesuradas páginas que el manco de Venta y Media escribió, reseñando sus campañas y donde la patria, más que una clarinada, se torna canto de esperanza en el provenir y en la libertad.

EL RIO

Río, condenado a jadear como el pecho del hombre laborioso, condenado a pasar como las horas: arteria que conduce la sangre del ocaso al corazón sediento de la tierra, y se ciñe al paisaje como una cinta a un hermoso ramo de flores.

Río que en sus ondas da ritmo al vaivén del tiempo; río, que es como una bandera que flameara a lo largo de la tierra del hombre, acunando sus esperanzas, borrando sus tristezas, haciendo arpegio de cristal su soledad honda y eterna.

Río, que se adorna con la espuma, como el corazón con los sueños; río, que se enoja con las piedras, que se aburre en los puertos, que cambia de color por cualquier cosa: por el barro que viene de lejos, por una tenue nube que pasa tranquila.

El hombre que lo explota al río, y lo aprovecha, le hace un bien sin saberlo, pues le abre tajos de olvido con una quilla y le da la alegría de una vela, para que el viento juegue a descifrar el misterio del horizonte.

A veces el río nace en la gruta de una montaña, musical y pujante baja a la llanura y anda jornadas y jornadas, enamorando riberas; cuando se cansa,

forma un lago y sueña. Entonces, calladitas, las estrellas bajan a hacer nido en su pecho.

El río es como los hombres cuando canta y también es como los hombres cuando ruge; pero siempre es mejor que los hombres, porque ellos llevan consigo sus instintos malos, y no tienen orillas donde echar sus resacas.

Río, condenado a jadear como el pecho de la mujer que ama: río que de sus cóleras y de sus alegrías, siempre hace una canción festoneada de espuma; una canción más pura que los hombres cuando se enojan, más pura que los hombres cuando ríen, más pura que los hombres cuando mienten que olvidan.

Río que no extiende los brazos para amontonar riquezas, pero que ensancha su pecho para guardar mejor el oro del sol. Cristal del tiempo hecho canción para enseñar a los hombres el camino de la muerte, ancho mar inexorable.

Cuna de la ilusión, sepulcro de los sueños, llanto hecho camino, eso eres tú, río que dialogas con el tiempo, con el silencio y con la luz.

EL SEÑOR DE RENCA

Los siglos subliman la aureola del Señor de Renca. Ya en 1600 y tantos, el puerto de sus brazos se abría con el ameno y fragante valle de Limache, donde el canto del trabajo se enjoyaba de flores y pájaros.

Después, las luces de la fiesta se encendieron jubilosas a su alrededor, allá en la Renca santiaguina, en tanto las cofradías de indios y de negros, aleccionados por los infatigables jesuitas, concertaban arpas, violines y tambores en homenajes al milagroso Crucifijo.

A lomo de mula y entre rumor de ruedas de carretas, la Esperanza llegó, quién sabe cuándo, a tierras puntanas. Y en un carrito magrullero, a la orilla del Conlara civilizador, quiso quedarse. Para que nadie anduviese desgarrado por esos mundos. Para que hasta los vientos hallasen el Camino.

Así como una espiga de trigo, como el canto de la calandria, se levantó nuestra Renca. Acaso más querida cuanto más olvidada. Nuestra dulce Renca, adonde llega la golondrina para devolvernos el verso que perdimos y donde el agua, el husillo, la apiñada mazorca, todo sabe decir el nombre santo del Señor.

Su fiesta tuvo antaño matices que ahora resulta difícil imaginar. Porque la sagrada imagen no era sólo un tronco tortuoso y desnudo, sino que se hallaba llena de rústico encanto, espinillo cabal con ramas adornadas por las aromadas flores de oro. Y al pie del venerado Árbol, el cobrizo Longino levantaba su hacha implacable, esa misma hacha que haría pedazos las sombras de su ceguera y le abriría las puertas de la santidad.

En las compactas y fervorosas procesiones bombas y cohetes atronaban luego de trazar en el aire conmovido de plegarias, su rúbrica chisporroteante. La tierra toda latía en el acompasado ritmo del tambor. Y un llanto de violines rodaba, calle abajo, para hacer nido en la verde nostalgia de los sauces inclinados sobre el cristal del río andariego.

Entre el polvo del olvido brillan todavía, para conducirnos dulcemente al huerto de la humildad, los nombres de aquellos hombres que trabajaron junto al

altar del Señor de Renca. Más fuerte que el tropel asolador de la indiada, perdura el recuerdo de don Pablo Lucero, que reedificó el templo y lo supo guardar con su espada y sus oraciones. Y anda también por los senderos, acurrucándose en la tibieza cordial de los ranchos, el desvelado quehacer del padre Francisco Suárez. También asoma el padrecito Francisco Bolla, quien era un italiano imaginativo y la lengua, a veces se le ponía como charque y lo hacía andar a los tropezones. Una noche la casa de Dios estaba llena de gente, el buen curita gringo quiso arremeter contra la mala siembra del reformador Lutero. Y ante el respetuoso silencio de los paisanos, empezó a repartir chicotazos: que Martín Lutero es venenoso como la serpiente, que Martín Lutero es una oveja descarriada, que el que sigue a Martín Lutero se pierde...

En uno de los bancos un hombre bien vestido y de arrogante figura se movía inquieto. Su rostro cambiaba de color bajo el torrente amenazante del padrecito Bolla, que levantando los brazos al cielo y abriendo grandote los ojos, lanzó su último cañonazo: Martín Lutero es el mandinga!

Entonces el hombre aquel dio un brinco, rojo de furia y de vergüenza, atronó: miente el señor Cura, yo nunca fui más que un buen cristiano, devoto de Nuestro Señor de Renca!

Era don Martín Lucero, el padre de don Víctor, que tanto bien hizo a la provincia. Dicen que don Martín estaba un poco sordo. Pero los más aseguran que el curita gringo no diferenciaba mucho la Te de la Ce.

LEOPOLDO LUGONES

La tierra argentina alimenta la obra de don Leopoldo Lugones, gran poeta y prosista admirado; sus hombres, sus paisajes, sus aromas, sus segundos planos, su inspiración, su arquitectura de la palabra.

Este criollo de prosapia, que traía a la palabra como un don divino, debió hacerse sólo su camino, a machetazo limpio. Ahora, a tantos años de su nacimiento (13-6-1874/18-2-1938), podemos comprender exactamente cuánto amó Lugones a nuestro país y con que ternura y adoración sentía nuestra naturaleza y nuestra idiosincrasia.

Cuánto amor puso hablando de ella, la naturaleza, haciéndose más familiar su canto, más llano, más íntimo, con los más tiernos acentos de intimidad! Es que todo ello estaba en su corazón y era a la vez conocedor profundo de las tradiciones y costumbres del pueblo argentino.

Cuántas leyendas e historias del tiempo viejo le contarían al codobesito sus amigos, los payadores rurales! De día y de noche supo escuchar a los músicos del pueblo y los hizo cantar luego en sus poemas maduros.

Cantando, cantando con un regusto de encanto, tipos genuinos como ese capataz Juan Rojas, encanto y asombro de su niñez serrana:

Juan Rojas, nuestro capataz, era alto, cenceño y cetrino. Al volcar, como es de uso campesino, sobre el hombro el sombrero, con vigor montaraz rodaba un bucle lóbrego hasta el ojo beduino, que él despejaba en mosqueada vivaz.

“Tenía el ceño del valor genuino, barbada en punta la aguileña faz; firme el porte, la fibra tenaz, el puño recio y el tobillo fino”.

“Nunca dejó el chiripá ni la hojota, ni la camisa de lienzo arrollada al codo, para el trabajo que érale más fácil de tal modo; pues solamente calzaba en algún padrinzago, casorio o procesión, cual la de San Isidro al que hacia **compaña**, tocando la flauta de caña y disparando el trabuco por devoción.”

“Ponía toda su estimación en dos galgos negros, el “Mitre” y el “Urquiza” (nombres que el suegro habíales dado por ojeriza contra la leva de Pavón).

Uno sabía tapar con ceniza el último tizón, cuando la gente se iba a la cama, sin quemarse el hocico en el fogón. Más superior era el otro para correr la gama y el avestruz, al cruce, con veloz precisión”.

.....
“Así vivió Juan Rojas en sosegada unión
Con la finada Antonia, que ambos difuntos son.
Yo le rindo el sufragio de este recuerdo amigo.
Porque fue consecuente y afectuoso conmigo”

Don Leopoldo Lugones, nutrió su espíritu en constante labor de autodidacto, mereció el justiciero homenaje de que el día de su nacimiento, se instituyera como el “Día del escritor”.

EL FAROL

Todos los hemos visto alguna vez. Este u otro, lo mismo da. Es el eterno, viejo farol.

Allí esta, al margen de la vida, observador callado, a veces reluciente, otras opaco y adormecido, de ecos.

A su vacilante luz se han iniciado idilios, se han cometido crímenes. Los niños han bailado rondas sobre sus sombras inocentes alargadas en la calle casi desierta. Sus voces puras han besado los vidrios del viejo farol.

A las jovencitas de talle esbelto que se enredan en confidencias, mientras andan tomadas de la cintura, saben muy bien que el viejo farol, centinela y amigo, las ayudará en sus tímidas citas con el galán enamorado.

Cuantas cosas habrá visto desde esa pared! Más de una vez la luna le ha disputado su cetro y la lluvia su abandono. Los serenos de antaño, con acompasado paso, lo han rosado cantando la hora y el tiempo.

Voces de otra edad, apagadas para siempre, han pronunciado bajo su luz, palabras de amor y de odio, de júbilo y de desesperanza. Pero, inmutable como el tiempo, posee de él la impasibilidad. Es inútil querer convertirlo en cómplice. Los ladrones huyen de él y las conciencias tenebrosas tratan de no acercárseles.

No hay secretos en el barrio para el viejo farol. Conoce las alegrías de la calle suburbana, los noviazgos, los casamientos, los bautizos. Asiste desde lejos, con su grave mirada a los velorios donde casi siempre se charla demasiado. Conoce las nostalgias de los huérfanos, las penas de las madres y de las viudas. Es confidente y vigía y sabe consolar.

Los poetas nostálgicos que vagan por las noches buscando estrellas altas, le envían al pasar una distraída sonrisa. Y los murciélagos de la sombra, lo rozan con sus alas de terciopelo.

La ronda del vigilante, pone en su parpadeo un guiño de gallo siempre alerta. Y en el carrito de la madrugada, el farol presente, la lluvia de rosas que, desde el cielo, le envían los ángeles buenos, todas las mañanas.

Viejo farol, que iluminaste las calles porteñas, estás en el recuerdo de los que fuimos tus camaradas de sueños...

EL LECHERO CRIOLLO

Antiguamente el reparto de leche en Buenos Aires y en la mayoría de las ciudades y pueblos, no se distinguía por su higiene. El producto era traído a la ciudad a caballo, en recipientes de barro cocido o latón, cuyas tapas se ajustaban con estropajos no muy limpios.

Estos primitivos eran criollos y, muy a menudo, de pocos años. Así los han retratado pintores que visitaron nuestro país en los primeros tiempos de la emancipación.

Florencio Balcarce les dedicó un célebre poema, en el que dice:

“Soy en guerra montonero:
soy lechero cuando hay paz”

Rafael Obligado cita así al pintoresco personaje: “se oye el rumor del biznagal que abraza el adobe en los hornos y el ligero grato sonar de tarros del lechero que a trote largo por la quintas pasa”.

Los lecheros eran jugadores empedernidos y empecinados: “Hasta los chocos de Buenos Aires, sienten inclinación por el juego, sobre todo los lecheritos, que suelen volver a sus casas sin la ganancia del día”, escribe un inglés que nos visitó allá por 1825.

Y esto lo confirma Balcarce en su poema, cuando expresa: “siempre gano para jugar y comer”; aunque nada raro era que la plata se la quitaran los muchos ladrones que acechaban en cualquier calle desierta.

Fueron los lecheros –inclusive los vascos-, bastante picaflores, el de los versos de Balcarce se jacta así:

“De amor sólo entiendo yo. Más si alguna desdeñosa, mostrarme osa desamor, le digo claro que es fea; y me crea o no me crea, yo me marchó dando gritos: “Buena leche, marchantitos, buena leche vendo yo”.

Así como desapareció el lechero criollo, ha desaparecido también el lechero vasco con su caballo cargado de tarros, con sus tapas cubiertas de cueros de carnero, con su arreador, su tirador de monedas, la boina caída sobre la oreja, el chiripá sobre la bota de becerro embarrada, y enamorado perpetuo del servicio de las casas de sus marchantes.

En la época de Rosas, los lecheros formaban una falange terrible. Después del reparto, se reunían en las pulperías que quedaban en las inmediaciones de la hoy plaza Once de septiembre o plaza de Miserere.

Formaban grupos de treinta o cuarenta individuos que, como precursores de las patotas, se entretenían burlándose de los transeúntes.

LA PAMPA

Santos Vega, suma de payadores, es el símbolo más representativo de lo que podría llegar a constituir una estética pampeana. El gaucho elevado a espuma por medio del arte; el hombre elevado a fantasma, a su propio fantasma, pasó primero para pisar los predios del mito. Y en toda espuma, como todo mito, se reflejan los horizontes, el paisaje, y sobre todo, el cielo.

La pampa es algo tan específicamente argentino que a las bastas llanuras de otros países no les cuaja el nombre de pampa, aunque este es voz quichua que significa eso mismo: llanura, campo abierto. Así las pampas de Venezuela se denominan llanos y los llanos argentinos pampa.

En el sentido popular y en el literario, la pampa no es ese vasto territorio que con límites geométricos presentan los mapas. Es algo mucho más lejano, simbólico, metafísico y estético: es la ancha tierra que anduvo y midió el indio y luego el gaucho al galopón de sus tropillas de caballo.

El mar de pastos bajos y sin árboles, que el viento pampero convertía en oleaje limpio, vigorosamente, capaz de encender en la sangre los más firmes anhelos de libertad.

Porque la pampa es la propia pampa salvaje, símbolo de la vida libre y sin leyes primero, y de la vida gaucha atada fuertemente a algunos conceptos esenciales como religión, honor, libertad, y más tarde, patria.

Pero flotando sobre todo ello, la pampa, la pampa entera y total, que bien pudiera denominarse pampa-cielo, porque es el espacio doble, celeste y terreno, en que rumorea deshaciéndose y haciéndose de nuevo esa espuma humana del gaucho payador, del hombre canto elevado a mito.

Por eso el mito pampeano por antonomasia es Santos Vega, a quien bajo a buscar una vez el mismo diablo para cantar con el de contra punto y vencerlo en la brega.

Y vencerlo en la acción del canto, más dejándole su alma intacta; porque el diablo, convertido en Juan Sin Ropa, no bajó a la tierra con el fin de llevarse un alma para el infierno, sino que vino a llevarse un canto, vale decir, una fama.

Cuenta el poema de Obligado que, después de la payada, “ni aún cenizas en el suelo de Santos Vega quedaron, y los años dispersaron los testigos de aquel duelo”.

Pero si el diablo se llevó la fama de Santos Vega, su alma de payador, su alma dos veces inmortal, puebla de los desiertos. Y así, de bosque en laguna, en el repunte o la yerra, “se alza por toda la tierra como un coro popular”.

LA YERBA MATE

En el Perú, en 1560, el virrey don Francisco de Toledo expidió unas ordenanzas, prohibiendo con excomunión a todos los que coman coca, porque hablan con los demonios estando borrachos o no estándolo.

También la Inquisición, desde Lima, determinaba que debían ser delatados todos aquellos que hiciesen hechizos con las hojas de la coca.

En las postrimerías del siglo dieciséis, la yerba mate era objeto de sanciones similares. El procurador don Alonso de Madrid, en largas instrucciones enviadas al gobernador Hernandarias, comenzaba haciendo la

defensa de los indios, que debían andar (según decía) infinitas leguas para la búsqueda y cosecha de la yerba.

Afirmaba después que se ha extendido tanto el vicio y mala costumbre de tomar mate entre los españoles, sus mujeres y sus hijos, que exceden en ello a los indios, quienes se contentan con tomarlo una vez al día, en tanto que los españoles lo toman durante todo el día, lo que (según no vacilaba en afirmar el funcionario aquel) era más bestialidad que vicio.

Don Alonso de Madrid sostenía a renglón seguido que, con tanto matear, los españoles habían perdido el valor y la propia estimación; y que los indios los miraban con cierto menosprecio al verlos cautivos de un vicio que a todas luces convenía extirpar aunque sólo fuera por el pundonor que deben tener los españoles.

Hernandarias, hombre de la tierra, comprensivo e inteligente, se vio obligado a prohibir a los indios guaraníes las idas a los yerbales. Dispuso así que no se tratase ni contratase yerba, bajo la pena de perderla toda ella, que se habría de quemar en la plaza pública.

Otro funcionario denunciaba al rey los peligros del mate, diciendo: “Hay en esta gobernación, generalmente en hombres y mujeres, un vicio abominable y sucio, que es tomar algunas veces al día la yerba con gran cantidad de agua caliente, con grandísimo daño de lo espiritual y temporal porque quitan totalmente la frecuencia del Santísimo Sacramento y hace a los hombres holgazanes, que es la total ruina de la tierra: y como es tan general, temo que no la podrán quitar, si Dios no lo hace”.

Pero el uso de la yerba tenía en los hombres y en las mujeres un arraigo de vicio y pasión, de imprescindible necesidad física y de estímulo espiritual, siendo entretenimiento en sus ocios y fraternal compañía en su soledad.

Informes dejados por otros personajes así lo certifican: “Cuando no tienen con que comprar yerba, dan sus pantalones y frazadas; una anciana mujer quito las tejas del tejado de su casa para cambiarlas por yerba, alegando que en ella consistía su salud”

Y no era la vieja sola: muchos jóvenes y hombres acostumbrados a todas clases de privaciones decían que no podían vivir sin la yerba.

¿Qué opinan actualmente los que gustan del mate?

LOS LIBRES DEL SUR

Al amanecer del 29 de octubre de 1839, el estrépito de los tambores, batiendo generala, despertó a los vecinos de la villa de Nuestra Señora de los Dolores, en la campaña bonaerense.

En la plaza del pueblo estaba congregada una multitud de hombres, a caballo unos, desmontados otros, pertenecientes a todas las clases de la sociedad, pobres y ricos, propietarios y artesanos que, llenos de entusiasmo, aclamaban a la patria y a la libertad.

Muchos de los presentes se hallaban provistos de armas de diversos tipos, desde el corvo sable granadero a la lanza improvisada, pasando por alguna antigua tercerola y tal o cual trabuco naranjero de impresionante boca.

Algunos, al pasar por la Estancia de la Víboras, de Anchorena, alzaron tacuaras de puntas endurecidas a fuego, tan temibles como las moharras centellantes en las que el sol del nuevo día quebraba sus destellos.

De pronto, un comandante penetró en el centro del cuadro y arengó a los congregados con tono decidido: “Vamos a elegir para el partido de Dolores autoridades que apoyen el levantamiento de la campaña del Sur contra el gobernador Rosas, mandón que nos afrenta con sus caprichos.”

“Para qué queremos un gobierno absoluto, que mañana o pasado nos pegará cuatro tiros injustamente? Este pueblo heroico, cansado de tantas humillaciones y amenazado en la vida e intereses de sus hijos, se pone en armas. Juremos todos no dejarlas mientras no hayamos dado en tierra con el amo y el último de sus esclavos!”

Cuando calló el coro de voces que vivaba la libertad, un mozo altivo leyó el acta del pronunciamiento y después la firmaron en el juzgado todos los notables del pueblo, encabezados por el cura párroco.

Después, todos los presentes arrancaron de sus sombreros el luto que llevaban por doña Encarnación y las divisas federales que ostentaban en el pecho, quedando el suelo de la plaza coloreando de cintas rojas y sembrado de trapos negros.

Se buscó, sin resultado, tela celeste para embanderar el pueblo; para salvar el inconveniente, algunas vecinas tiñeron de azul varias piezas de bramante, con las que armaron más de quinientas banderas que al día siguiente flamearon sobre las casas de la población.

El pampero, viento de gloria, levantaba como una clarinada vehemente, el grito de los libres del Sur.

LAS PRADERAS

La riqueza en pastos de nuestros campos, llamó la atención de conquistadores y colonizadores. Según las informaciones de Martín de Orué, los campos, desde la Asunción hasta las orillas del Plata, eran inmejorables para la cría de ganados.

Hasta la expedición de Garay no se conoció ganado en esta zona, pero se vaticinó la importancia que la ganadería alcanzaría en el litoral argentino.

En las cartas coloniales dirigidas al rey de España por Jaime Resquín, se lee el elogio de esos campos. Informaba Resquín, en ellas, que el vacuno no existía en el Río de la Plata y que la entrada de ese río era la más difícil de poblar, pero que sería la mejor en poco tiempo, pues sus pastos permitirían criar infinitos ganados. Destacaba, así mismo que los campos eran tan extensos que sería imposible poblarlos con ganados en menos de 200 años.

Son muchos los escritores argentinos y extranjeros que han señalado en sus obras la riqueza en pastos del campo argentino. Uno de ellos es el general Lucio Mansilla, quien en su magnífico libro “Una excursión a los indios ranqueles”, describió con palabras elogiosas las praderas cordobesas y puntanas próximas a río Quinto, después de galopar más de seis mil leguas para conocerlas y estudiarlas.

También el general Mitre destacó en su “Historia de Belgrano”, las condiciones naturales que predestinan a la Argentina en su espléndido porvenir

agrícola y pastoril. “Esos prados naturales convidaban a sus habitantes a la industria del pastoreo. Su vasto litoral lo ponía en contacto con el resto del mundo, por medio de la navegación fluvial y marítima. Su clima salubre y templado hacía más grata la vida y más reproductivo el trabajo. Era, pues, un territorio preparado para la ganadería, constituido para prosperar por el comercio y predestinado para poblarse por la aclimatación de todas las razas de la tierra”.

Las tierras situadas al sur de nuestra Villa Mercedes, desde tiempos remotos sirvieron de escenario a inmensos rodeos de ganado vacuno, que se recogía todos los años en las pampas y se invernaba en las praderas de la Carolina.

Un poblador de esa frontera, el general Juan Esteban Pedernera, se interesó vivamente por fomentar la ganadería en esos hermosos campos, al amparo de la línea de fortines. Junto con puntanos de recursos, como don Juan Barbeito y Gregorio Novillo, estableció estancias en las márgenes del río Quinto, que el mismo había limpiado de indios.

También esta era una forma para pensar en el futuro grande de los argentinos.

INCURSIONES AL DESIERTO

En nuestro país la guerra con el indio ha sido de carácter absolutamente irregular y tan continua como obstinada y cruel: desde 1536, que la inició Mendoza en las costas del Río de la Plata, hasta 1884, que la terminó el general Lorenzo Vintter en las soledades de la Patagonia, corrieron tres siglos y medio en cuyo curso se combatió con imponderable constancia, bravura y decisión por ambas partes: la una por la civilización europea, que imponía su mandato imperativo, la otra por el instinto de conservación, por su altivez nativa y en defensa de su libertad y de su tierra, que eran suyas por derecho natural.

El español puso el pié en tierra nueva y bien pronto se le impuso la necesidad de vigorizar su acción bélica, aumentar su poder de resistencia en el terreno conquistado por medio de obras artificiales de fortificación permanente o pasajera, según las circunstancias o necesidades de la lucha.

De ahí, primeramente, la construcción del fuerte o del fortín aislado, para proteger un punto o zona determinada, que la penetración o avance paulatino obligaba a extender metódicamente.

La necesidad de conservar libres de la acción de los indios los campos que se conquistaban y se poblaban, obligó la institución del sistema defensivo de fuertes y fortines que, extendidos en línea y protestándose sus guarniciones mutuo apoyo, constituían las fronteras interiores que separaban la civilización de la barbarie.

Este medio por el que los blancos ganaban terreno en sucesivos avances, fué heredado de los españoles y lo utilizaron los argentinos hasta 1879, en que el ilustre general Roca cambió totalmente la faz y método de la guerra.

Los primitivos fortines eran de muy rudimentaria construcción antes del gobierno de Vértis, que mejoró algunos por la ejecución de obras que interiormente no se practicaba. Eran, en la generalidad de los casos, ranchos

de paja y barro para abrigo del oficial y la tropa de guarnición, defendidos por una empalizada de palo a pique y algunas veces un foso o simple zanja, completados con un corral cercano para encerrar el ganado.

Este sistema defensivo era de imperiosa necesidad por cuanto las incursiones al desierto que se ejecutaban para castigar a los bárbaros, no solamente no aseguraban la tranquilidad de las campañas, sino que a cada una de esas entradas, que los exacerbaba, correspondían ellos con malones o ataques a las poblaciones indefensas, en que hacían sentir su enojo con terribles represalias. Y hubo malones en que acabaron totalmente con el fortín y sus habitantes.

“DECRETO SOBRE SEGURIDAD PERSONAL”

Decreto de gran resonancia fue el que firmaron el 23 de noviembre de 1811, Chiclana, Paso y Sarratea, y que, desde un principio, se denominó “Decreto sobre seguridad personal”.

“Si la existencia civil de los ciudadanos se abandonase a los ataques de la arbitrariedad –decía en su preámbulo- la libertad de imprenta no sería más que un lazo contra los incautos y un medio indirecto para consolidar las bases del despotismo”.

“Todo ciudadano –agregaba- tiene un derecho sagrado a la protección de su vida, de su honor, de su libertad y de sus propiedades. La posesión de ese derecho, centro de la libertad civil y principio de todas las instituciones sociales es lo que se llama seguridad individual”.

“Una vez que se haya violado esta posesión, ya no hay seguridad: se adormecen los sentimientos más nobles del hombre libre, y sucede la quietud funesta del egoísmo”.

“Sólo la confianza pública es capaz de curar esta enfermedad política, la más peligrosa de los Estados; y solo una garantía, afianzada en una ley fundamental, es capaz de establecerla”.

“Convencido el gobierno de la verdad de estos principios, y queriendo dar a los pueblos americanos otra prueba positiva y real de la libertad que precede a estas resoluciones”, quiso proteger la seguridad individual mediante el referido decreto, que disponía lo siguiente:

“Ningún ciudadano podrá ser expatriado sin proceso legal, ni arrestado sin semiplena prueba de delito”.

“El domicilio de los ciudadanos no podrá ser allanado sin orden de una autoridad competente”.

“Las cárceles, siendo para seguridad y no para castigo de los detenidos, se restringirá toda medida que, a pretexto de preocupación, sólo sirviese para molestar a aquellos”.

“Ningún reo será molestado después de haber confesado, ni mantenido incomunicado por más de tres meses”.

“Todo hombre tiene libertad de permanecer o salir del territorio del Estado, estando en el primer caso bajo la protección del gobierno”.

Finalmente se establecía que, sólo en el caso de turbarse la tranquilidad pública podrían suspenderse los efectos de este decreto.

EL CORSARIO

Por un decreto dictado el 18 de noviembre de 1816, el gobierno de las provincias Unidas del Río de la Plata, autorizó el corso contra España. ¿En que consistía una expedición de esa especie y que era, en suma, un capitán corsario?

Esta palabra ha sido deformada contra toda razón y lógica, hasta tal punto que no faltan quienes la consideren sinónimo de pirata. Pero un corsario es, en definitiva, un conductor de buques de propiedad de particulares, ceñido a reglamentaciones del Estado y autorizado por éste para llevar la guerra a las naves y al comercio enemigo.

La autorización del Estado para armar en corso un buque, implicaba la entrega de una patente al capitán corsario, a quien, como a sus oficiales y tripulación se les consideraba al servicio de la marina militar mientras durase su campaña. De la corrección de sus actos debían responder ante la ley, a su regreso al país, por otra parte, sus armadores eran personas de solvencia financiera y moral.

En cuanto a la misión del capitán corsario, era bien difícil. En la época en que esas campañas se realizaban, era grande el número de naves mercantes armadas con capacidad para luchar contra los corsarios con iguales o mayores perspectivas.

El teatro de sus operaciones era vasto; los elementos de vida y de combate debía proporcionárselos de sus enemigos, así como el relevo de lo personal muerto en combate o desaparecido. La posibilidad de tener que obrar con gente de leva y lance, extraña al buque, a la nacionalidad de su bandera y aún a la vida del mar, exigía al capitán corsario, excepcionales condiciones de mando, energía y valor, pues aún las mejores dotaciones eran difíciles de gobernar y su existencia a bordo dura en extremo.

Pero un corsario, si bien no podía dejar de ser un hombre recio y combativo, nada tenía de pirata, pues ésta designación ha correspondido siempre a los que actúan fuera de la ley. En cambio, el corsario era un oficial casi regular, con la misma semejanza que existe entre un guerrillero y un jefe militar en operaciones, o un caudillo a un gobernante. Pero no era nunca un pirata, un salteador o un mandón envilecido.

Los corsarios pasearon victoriosa la bandera argentina por todos los mares del globo y los cañones de las naves patentadas por la República, batieron a los buques de guerra realistas y arruinaron el comercio español, a la vez que daba lustre a nombres de auténticos guerreros navales como Bouchardo, Taylor y el mismo Brown, Almirante del Plata.

LA MUERTE DE LAVALLE

Después del desastre de Famaillá, el general Lavalle, con 200 hombres, tomo el camino de Jujuy, a donde llegó el día 8 de octubre con su secretario el doctor Félix Frías, su ayudante Lacasa y una escolta de 8 hombres, alojándose en la casa de la familia Zenavilla.

En la madrugada siguiente, atraído por el **Quién vive!** del centinela, el ayudante de Lavalle salió a la calle, viendo junto a la puerta un grupo de jinetes armados, con traza de federales. Alarmado, dio aviso de lo que ocurría al general, quien le ordeno que hiciera cerrar la puerta y mandase a la escolta que ensillase.

Mientras su ayudante cumplía la orden recibida, Lavalle se dirigió al zaguán, llegando a él en el preciso momento en que los hombres de la divisa colorada hacían una descarga contra la puerta, con ánimo de derribarla.

Una de las balas que atravesó las recias maderas se incrustó en la garganta del león de Río Bamba, hiriéndole de muerte; cuando sus compañeros acudieron atraídos por las detonaciones, Lavalle expiraba.

Fue entonces cuando Pedernera tomó el mando de la pequeña fuerza, disponiendo que el cadáver de Lavalle, envuelto en su poncho y atravesado sobre su mismo caballo, marchase a vanguardia, custodiado por el comandante Laureano Mansilla y algunos soldados. Con el resto de la fuerza, Pedernera organizó dos escuadrones que no tardaron en tirotearse con las partidas enemigas, que se pusieron en su persecución.

A veinticuatro leguas de Jujuy, en el arroyo de la Guancalera, se hizo necesario descansar el cuerpo del bravo lancero, separándose los músculos, que fueron sepultados en la capilla de Humahuaca, en tanto los huesos, retobados en un cuero, seguían custodiados por los fieles camaradas del temerario granadero.

El día 22 de octubre –un domingo- a las nueve de la noche, llegaban los fugitivos a Potosí y al día siguiente los restos de Lavalle fueron depositados en la Catedral, celebrándose en su honor solemnes exequias.

La partida que mató al general Lavalle buscaba, en realidad, a don Elías Bedoya, quién había ocupado la casa hasta el día anterior. El tiro que tronchó la vida del insigne guerrero lo descerrajó un mulato de Buenos Aires, llamado Juan Bracho, a quien se premió con el grado de capitán por lo que la Gaceta Mercantil llama “famosa hazaña”.

HOMBRES DEL MAR

Alguna vez, frente a la misteriosa inmensidad marina, el corazón echó a volar aquel suspiro que tenía las alas teñidas de aventura: “Navegar es necesario”. Y el mar cambiante joyel rumoroso y profundo, se abrió en cien rumbos de esperanza, mientras el viento crecía como un himno de victoria en el vigor altivo de las velas, enamoradas del horizonte color de ensueño y de ceniza.

Y fue el tiempo de las proas gallardas, empenachadas de espuma. La brújula estaba en el místico temblor de las estrellas, en la dorada vía del sol, rubio señuelo que cada alborada renovaba la promesa de un más allá venturoso, de una ribera incógnita y feliz.

Las olas supieron de un hombre nuevo, liberado de la tierra parda, domeñador de soledades, jardinero fiel y venturoso de la rosa de los vientos, fragante de ilusión entre sus manos rudas. Y el mundo fue pequeño para la audacia del marino, aferrado al timón como a un amor por fin hallado.

De esa estirpe fueron también los hombres de mar que desplegaron sobre la pampa salobre, el pabellón de nuestra patria, como afirmando ellos también, que navegar era más necesario que vivir.

Así Bouchart, simboliza el genio audaz del aventurero de la gloria, con algo del marino errante del siglo 18, que fue corsario afortunado más que jefe ceñido por el orden y la disciplina; pues si estaba dotado de singular coraje y atrevimiento, también era dueño de una voluntad férrea, que lo mismo ponía dique a la demanda de los suyos, que dictaba la ley de su adversario.

Rosales representaba al marino criolla, modesto, humilde, abnegado y heroico; varón para sembrar coraje en las aguas barrosas de los ríos tutelares; porteño que pisó descalzo la cubierta de un barco de guerra, sin más bagaje que una navaja a la cintura, pero que llegó a lucir en su nave la insignia de Comodoro.

Y qué hidalguía no se recuerda cuando se nombra a Espora, caballero del mar que abría rumbos de libertad entre las borrascas que desatan los hombres?

Toda la gloria que ellos simbolizan se prolonga en el rumor de litorales que bulle en el encorvado clarín del Plata, ese río de ensueños y de anhelos, de luchas y nostalgias, sobre cuya piel indiana floreció, vencedora de los siglos, la vieja flor de la esperanza.

Porque al dulce arrullo de sus olas, llena de luz, creció mi patria!!!

LA PROPIEDAD PRIVADA

La rápida proliferación del ganado en toda la ancha extensión del territorio del Río de la Plata, dio origen a un serio e importante problema: la caótica mezcla de las haciendas pertenecientes a distintos dueños.

Era la consecuencia lógica de una vastedad sin valladares, en la cual la propiedad no tenía límites precisos. El ganado ambulaba hacia los cuatro vientos, en procura de mejores pasturas, conteniéndolos sólo la existencia de un obstáculo natural: un arroyo o un río.

Se comenzó entonces a denominar **rincón** a esos sitios donde se formaban potreros naturales para contener. Algunos de esos "rincones" fueron muy conocidos, tales como el de "Todos los Santos", en de "López" y el de "Noario", en el partido de Magdalena, provincia de Buenos Aires, que aún conservan su nombre.

No faltaron tampoco en San Luis y la toponimia puntana se embellece con esas arcaicas designaciones, tales como el Rincón del Carmen, el Rincón de Angola y el Rincón de las Cañas, sin olvidar el otro bellissimo Rincón, cercano a la villa de Merlo.

El pastoreo del ganado sólo se efectuaba durante las horas del día. En la noche, los rebaños eran encerrados en improvisados corrales, de este modo, no sólo se los tenía reunidos, sino que se evitaba también que causaran estragos en las primeras sementeras de aquellos tiempos o que fueran diezmados por las fieras.

Con el tiempo, el rodeo se convirtió en una institución. La justicia amparó los derechos de los propietarios. Cuando un vecino creía que algunos de los

animales de su propiedad se habían mezclado con los del vecino, le asistía el derecho de pedir rodeo para buscarlos y separarlos.

La operación de apartar y separar haciendas ajenas –como otras que se efectuaban en el campo- no podía tener una duración superior a seis horas, y sólo existía la obligación de concederla hasta el mediodía.

Las directivas que sobre los rodeos dejó Rosas en sus “Instrucciones para la administración de las estancias”, son sumamente interesantes.

“Cuando alguien venga a pedir rodeo –expresa- debe dársele el rodeo y dejársele que aparte lo suyo con sosiego. Pero se tendrá grande, especial y escrupuloso cuidado de que no se lleve ningún animal de la hacienda”.

Sobre este respecto a la propiedad privada, se asentó la vida campesina en todo el país.

LA PARROQUIA DE SAN FRANCISCO

Aunque más inclinado a las actuaciones notariales que a los trajines con peones y obreros, don Francisco Básquez aceptó con gusto la tarea de secundar a don José Mariano Bustos, comisionado por el gobierno puntano para el arreglo de la parroquia de San Francisco del Monte de Oro, cuya iglesia se hallaba en ruina desde mucho tiempo atrás.

Y por cierto que ambos vecinos trabajaron con celo y constancia, pues el 13 de octubre de 1870 informaban al gobernador don José Rufino Lucero y Sosa que contaban ya con un templo mucho mejor que el que antes habían conocido, aunque reedificado sobre sus mismos cimientos, por no haber podido ser de otro modo.

La fachada y como una quinta parte de sus Murallas, que antes eran de adobes, se habían repuesto con ladrillos, agregándose al frente una torre que además de hermosear el conjunto, serviría de resguardo a las campanas.

A este templo perteneció el madero donde Sarmiento dejara la inscripción “Unus Deus, una ecclesia, unun baptisma”, que el presbítero José de Oro dio a su sobrino con encargo de grabarla en un arco natural de tres curvas perfectamente iguales que hacía un madero y debía rematar el coro, montado sobre gruesos pilares de algarrobo, según lo recuerda el gran maestro de página memorable.

A corta distancia, en el sitio que ocupa la casa de la familia Camargo, estuvo la de los Quiroga, donde según relatos de antiguos vecinos que a su vez los recogieron de sus abuelos, abrió su primera escuela aquel adolescente predestinado.

El gobernador Ortiz Estrada, en 1872, hizo trazar con el agrimensor Gorgonio Gutiérrez una calle ancha que uniera la población antigua de la Banda Sur con el floreciente caserío que comenzaba a levantarse del otro lado del río.

Allí se encuentra la otra iglesia, en cuyo atrio el párroco Emeterio Lucero (el mismo que bautizara a don Nicolás Jofré) parlamentara más de una vez, en representación del pueblo atemorizado, con las montoneras de Puebla y de Guayama.

En el interior de ese templo, se refugiaron en varias ocasiones las principales familias de San Francisco, víctimas preferidas de los desmanes de los montoneros.

Hasta hace algún tiempo, el pueblo conservaba algunas casas tradicionales: la de Juan de Dios Escobar, tesorero educador; la del comandante Jorge Nuñez sacrificado por la gente de Ontiveros en la Ralada; frente a ella, la del coronel Juan Francisco Loyola, denodado defensor de San Francisco que, como tantos otros héroes humildes, aguarda aún el homenaje de gratitud de su pueblo.

LAS POTREADAS

Uno de los medios preventivos empleados en los antiguos fortines, ya en tiempos coloniales, era la partida de corredores, que salía a explorar los campos aledaños.

Estas partidas hacían, cuando mucho jornadas de diez o doce leguas para desensillar temprano, en los días de invierno. Sus componentes dormían con caballo ensillado, y no se movían cuando había niebla o llovía, porque con tiempo así no era posible descubrir el campo, según expresaban los partes de la época.

La caballada marchaba acollarada, y de noche era maneada y rondada, causa de los baguales, porque transitando por la costa de los ríos y lagunas, era grande el peligro de quedarse a pie al menor descuido, pues la mucha caballada cimarrona que frecuentaba esos parajes, arrastraba tras de sí a los caballos de los exploradores.

Esa hacienda cimarrona era codiciada tanto por los milicianos de la frontera como por los indios, puesto que proporcionaba caballos y botas de potro.

La acción de apresar a los baguales boleándolos o enlazándolos en las pampas, se denominaba potrear y era ejecutada con asombrosa pericia por los salvajes de tierra adentro.

Venía la indiada a rienda suelta, boleando y enlazando cimarrones, que arreaban y cortaban sobre la marcha, en puntas por delante. Caían trabados por las boleadoras, caballos orejanos –o sea sin marca- y también marcados alzados de su querencia.

Pero los indios no se conformaban con eso. Entre el tropel y la gritería que formaban, desviaban de improviso el rumbo, entraban en la estancia elegida y, sin detenerse, arreaban tierra adentro sus ganados mansos.

También los blancos, o cristianos efectuaban potreadas, boleando los mejores potros que hallaban en el campo, y más que todo, los caballos mansos alzados –que reconocían por la marca-, caballos que aquerenciados con las manadas cimarronas vagaban crinudos en las pampas.

Estos caballos mansos, alzados y apotrados, eran muchas veces arrastrados por los baguales, aunque también se dispersaban por la llanura cuando los soles y las sequías del verano agotaban las aguadas de las estancias.

Con el pretexto de las potreadas, los cristianos se fueron internando tierra adentro, donde se relacionaron con los caciques y capitanejos y engendrando un nuevo tipo de poblar de las pampas.

EL BUEY

No sabe el porqué de su nombre, que acaso se deba a su color casi blanco. Pero sabe que siempre, al gritárselo, va subrayado por el agujijón de la picana que le traspasa el cuero.

En las huellas polvorientas o pantanosas de varias leguas en derredor, su pie surcado ha escrito infinidad de veces el signo de su paso.

Es grande y labrado como un monumento. Su porte lento y sereno tiene una solemnidad de rito.

Sus largos cuernos se tienden, doblándose hacia arriba, como brazos que se aprestan a recibir una carga, acaso la de su yugo. Uncido en él, su testa queda privada de toda acción defensiva, de todo movimiento, como no sea el de avance, pero siempre arrastrando el peso de la carreta o el arado.

Ello, además, lo condena a sufrir las torpezas de algún compañero de yunta inexperto, o el dolor torturante causado por la coyunda floja o mal ceñida.

Ama el campo, amigo de su orfandad, y el arroyo en que aplaca su sed. Las últimas estrellas, al despedirse en sus pupilas buenas, mansas, lo hallan de pie. El alba respira en su aliento de fatiga. El sol nuevo lo saluda en el surco o en el camino, dejándole un haz de rayos horizontales en los brazos de su cornamenta. Y de nuevo las primeras estrellas lo encuentran todavía bregando, al asomarse en sus ojos de llanto contenido.

Útil y fiel sin protestas ni rebeldías, al buey, no se le admite jamás la pereza ni el cansancio, y sólo al final de sus días podrá liberarlo de esa dura esclavitud.

La mano del hombre, lo neutralizó para el amor, privándolo de las más bellas de las emociones. Así, cuando la primavera llega estremeciendo todo lo creado como un milagro de resurrección, él, el buey, es el único que permanece ajeno a ese milagro.

En la tarde alta del domingo, en esa paz casi religiosa, el buey participa del descanso ritual. Echado sobre el pasto, rumia lenta y filosóficamente; y en esa rumia meditativa se van mezclando amargos recuerdos.

Quizá, para endulzarlos, un pájaro posado sobre su lomo, derrama una cascada de trinos. Su posición, su actitud ingenua y parsimoniosa, vuelve a poner en la tarde, la placidez emotiva y honda del pesebre de Belén.

LAS ARMAS DEL CHACHO

Dicen que el Chacho nunca dictó una sentencia de muerte. Luchaba sin paridad de fuerzas, las suyas eran milicias compuestas por gauchos; las nacionales, que se le oponían, eran ejércitos adecuadamente armados, con soldados disciplinados.

La lanza. La tercerola. O las boleadores. El puñal. Nada más. Todo esto y nada más. ¿Para qué referencia a deterioradas carabinas o piezas de artillería que se arrebatában en furiosos combates al enemigo?

Todas esas eran las armas del Chacho. Pero a ellas las complementaba un creciente ánimo para la lucha y una sed insaciable de vencer, porque se tenía el convencimiento que la guerra la hacía el pueblo laborioso, sufriente, abandonado y envilecido.

El general Angel Vicente Peñaloza –el Chacho-, a despecho de su adversario que caracterizaba su posición por una presuntuosa ilustración, entendía profundamente dolorosa, la guerra fratricida.

Las cartas que dirigía a Mitre y a Sarmiento así lo evidencian con claridad. Anhelaba ser escuchado. Pugnaba siempre por poner de relieve que él deseaba el imperio de la justicia. Bajo un clima de paz y no de guerra.

El 30 de mayo de 1862, después de firmar en la estancia de La Banderita el famoso tratado de paz que ponía término a la lucha entre los ejércitos nacionales y la montonera riojana, el Chacho sugiere:

-Bueno: como ya terminó la lucha y ahora como ayer y como siempre seremos hermanos, hay que entregarse a los prisioneros. Yo por mi parte, empezaré en el acto.

Y así los entrega. A todos, sin que les falte ni un botón.

Pero los jefes mitristas –Arredondo, Sandes, Rivas-, no pueden hacer otro tanto. Porque ellos no tienen prisioneros, pues, montonero que caía en sus manos, si no era lanceado, era degollado o fusilado.

El Chacho llama entonces a su secretario, don Agenor Pacheco, y le dicta una carta para el gobernador. Una carta en la que asienta esta frase que todavía fulgura a través del tiempo:

“Al soldado valiente y al amigo bueno, cuando se desvíe, es más prudente encaminarlo, que destruirlo”.

Con razón, esta frase confirma lo que siempre se dijo: que el Chacho nunca dictó una sentencia de muerte. Así fue el general Angel Vicente Peñaloza.

EL CARRERO

Como todo hombre primitivo, el carrero tenía su tendencia al adorno, vale decir, a llamar la atención. Y si el gaucho se vestía de chiripá o chaleco llamativo, y hasta se ponía una pluma de pavo real en la cinta del sombrero, el carrero solía adornar su carreta o carro con unas plumas de ñandú colgadas del varal principal del toldo, conocido por el nombre de “llamador”. Y eso cuando no se adornaba él mismo poniéndose una flor llamativa y cimarrona tras la oreja, haciendo pintoresca balanza con el pucho del cigarro que iba en la otra.

Como la mayoría de los hombres del campo, sobre todo en aquella época primitiva, era analfabeto; lo cuál no quiere decir que no fuese hombre “sabido de antiguos saberes, de esa sabiduría heredada que se manifiesta como una cátedra en la rueda del fogón”.

Luego, la naturaleza, en medio de la cual vivía, así como las prácticas del trabajo, corroboraban lo aprendido por vía oral.

El sabía cuando trae agua el viento, por qué los gallos cantan a deshora, cuando va a helar y cuando va a tener cerrazón esa nube rastrera que hace perder al más baquiano.

El era sabio de un sin fin de saberes que los hombres de la ciudad ignoran, por desconocer el libro de grandes y eternas letras en el cual leía él sin saber leer.

En la construcción de las carretas de la primera época no entraba hierro alguno. Toda ella era de madera, a parte de la quinchita de paja o los cueros que toldaban el techo. Eran altas, largas y angostas, acaso para que el eje no se curvara.

En toda estancia se tenía por lo menos una carreta o carro. En algunas había una carreta familiar para llevar de paseo o de viaje a la familia, la cual solía tener una escalerita para que subieran las señoras.

Los bueyes poseían nombres típicos y pintorescos; a veces obedeciendo a su pelaje –que era de todas layas- y otras al deseo o imaginación de su dueño, cuando no a alguna agachada, como aquel caso del carrero que a un buey le había puesto “suspiro” y a otro “por verte”.

Una tropa de veinte o más carretas era uno de los grandes acontecimientos de la lánguida vida campesina. Antes de verse, las carretas se oían, por el chirrido de los ejes, a los cuales los carreros –que tenían nervios quietos-, no se preocupaban mayormente de engrasar.

Carrero de mi tierra, bastante olvidado, con cuanto sacrificio y heroísmo nos acercaste a la civilización!

LA PULPERIA

La primera luz, fresca como una campanita, viene humedeciendo el campo y trae a su ruego –gloria del pastizal-, una hondonada de hinojos y alfalfaes.

El cielo esta cobalto y la estrella del alba pestañea como abrazada piedra de rocío; dos horneros inician su tarea rasgando el aire con parejo canto, la clueca, alojada en un cajón, esponja su plumaje y de un aletazo salta a picotear la tierra dura.

En medio de la llanura, al abrigo de unos aromos, la pulpería parece que espera al viento. En su interior hay varios hombres; se trasnocharon con bebida y canto; cantando han relatado sus hazañas en los rodeos y en la guerra, en la amistad y en el amor.

La pulpería es un pequeño cuarto, una de cuyas paredes respalda una estantería donde hay botellas de anís, ginebra y caña, penden de un hilo amarillos manojos de velas de sebo.

El mostrador es de pino, de tablas lisas, y entre el dueño y los clientes levanta su defensa una reja de hierro; frente al mostrador, tinajas, tercios de hierba, cajones de azúcar.

Antes que la mañana se decida, se oye afuera el trote lento de dos caballos. Los jinetes desmontan y atan los fletes en argollas empotradas en la pared frontal de la casa.

Los hombres parecen fatigados. Han andado, quizá, la noche entera a campo traviesa, bajo la certeza de la Cruz del Sur. Ahora han entrado al oscuro recinto y uno de ellos pide un porrón de ginebra.

-Beba- dice sobriamente a su acompañante.

Los parroquianos observan a los forasteros con temerosa reverencia, con discreto recelo. La luz azul de la mañana entra en la pulpería con el mugido de algunos terneros apurados por reseros lejanos.

Esos dos hombres son amigos desde hace muy poco, sólo desde que había coloreado el alba de esa mañana.

Después de beber, el gaucho de los ojos negros apoya el pié en una barrica y se inclina sobre la guitarra. Las seis cuerdas se conmueven como desde el fondo de su desolado corazón.

Los circunstantes rodean respetuosamente al cantor. Hace frío, pero el porrón de ginebra corre por la rueda como un tibio consuelo y los ánimos se asientan.

Entonces el cantor levanta su digno rostro –la independiente melena le aletea hacia atrás-, y ofrece con humildad su canto a los presentes. La voz parece que le naciera desde el cuajo oscuro de la tierra; tiene una voz de enigma, de rebelión y canta.

Canta como si toda la historia de la pampa fuera la memoria de su sangre, estragada de melancolía varonil.

Afuera, lejos, está vibrando una campana, alargando un llamado de querencia, de sosiego, de paz.

Y en la lejanía del paisaje, la pulpería, se recorta como una sombra bienhechora.

HERRAMIENTAS CRIOLLAS

Entre las herramientas propicias al trabajo y la lucha en la pampa, el lazo y las boleadoras integran una familia: tienen vidas paralelas.

Por su característica y empleo, son primos hermanos; ambos conjugan su uso en el espacio dilatado y su finalidad es esencialmente cazadora; sirven más para la acción a caballo, conciliando desplazamiento y labor, como sirvió la lanza.

No obstante esa similitud de escritura y su calidad ecuestre, ofrece diferencia de resultados el uso de uno u otras: el lazo conecta la presa al hombre; las boleadoras la dejan librada al albur que le resta después de la trabazón.

El lazo exige al cuerpo un esfuerzo y una atención posterior al lanzamiento; es preciso afirmarse en la montura o en el suelo, sobre el eje de las extremidades, para aguantar el cimbrón.

La elipse trazada en el aire por la sogá, la armada, prefigura el apresamiento y culmina en la tensa vibración que permanece asida al origen propulsor, que es la mano; por la cuerda vibrante se intercambia la potencia de la presa y la intención del enlazador, estableciéndose una relación de dominio y resistencia.

Las boleadoras, aunque previamente dirigidas, se desprenden del brazo y la conciencia, independizándose en el voltejeo de la traslación. La acción de

bolear constituye una palanca cuya resistencia, la presa, ambula libre por el espacio abierto y cuyo punto de apoyo y potencia están centrados en el boleador.

El manejo del lazo y las boleadoras suponen el dominio de una técnica; el pulso imprime a la manija, la más pequeña de las tres bolas, la dirección; en la flexibilidad de la muñeca del que enlaza está la amplitud del círculo que formará la cuerda.

Autores hay que aceptan que la boleadora fue creación del indio de la patagonia, la cuál sería la región del origen. Investigaciones más recientes han probado que la boleadora había sido usada ya en el paleolítico europeo.

Sea como fuere, la boleadora americana participa de la forma de ser del indio y de la peculiaridad topográfica. Fue el arma que unió al aborigen y a la pampa: Asoció su vida en íntima conexión con la tierra porque le sirvió para proporcionarse alimento y pelear.

Con mayor éxito empleáronse lazo y boleadoras en terrenos sin accidente, pues en las montañas las desigualdades del espacio obstaculizan la dirección de los proyectiles.

En América, la boleadora es anterior al lazo; su industria fue más sencilla y estaba más a mano del hombre, que preferentemente vivía en zonas pétreas. La boleadora de la pampa vegetal era importada, bien de la meseta patagónica, ya de la cordillera.

Tal vez el lazo ha sido de más difícil concepción y empleo para el indio y recién apareció juntamente con el hombre civilizado.

LA CRUZ DE SAN FRANCISCO SOLANO

En un amable rincón de la serranía cordobesa, allí donde el valle vuelve más uniforme la gracia rústica de las palmeras pequeñas y erguidas, la vieja estancia de San Pedro presta al lugar color de tradición.

Y como si no le bastaran el encanto cerril de su paisaje o la aristocrática soledad de la casona que mira a la represa velada por el sauzal, la silueta de una iglesia colonial, conmovedora en la nitidez de sus líneas, se recorta contra el horizonte como un milagro de blancura.

No siempre fue así, sin embargo, tiempos hubo en que sólo una ruina melancólica –humilde fortaleza de adobes que resisten calladamente-, atestiguaba la reliquia histórica.

Pero una noche, el obispo llegó hasta la antigua capillita. Antes de entrar al interior del templo, el obispo bendijo con un ramito de olivo los viejos muros, precedidos por un farolito que ponía en las sombras parpadeos de tucos serranos.

En derredor, sólo el silencio y las sierras azuladas por la penumbra. Un pájaro, al cruzar, volcó sobre las almas un rumor de alas de ángeles, en tanto el vetusto campanario se iluminaba al brochazo de la luna naciente.

Al otro día, el llamado San Pedrito, imagen perteneciente a la capilla restaurada, fue traído en posesión desde San Pedro norte, hasta su antigua residencia.

Esta vez la mañana, con ese chisporroteante solcito cordobés bien amado de los pintores, salpicó de luces la lenta caravana. Primero la gente de

a caballo, los que traían desde lejos su devoción y su deseo de participar en la fiesta; luego los habitantes de la villa, -paso cansado y ojos absortos de nativos-, y en andas, el santo vestido con sus ornamentos de seda bordada en oro, su tiara y su callado.

Por la tarde, luego del almuerzo de rigor –carne con cuero y empanadas-, tuvo lugar la fiesta propiamente dicha: doma de potros, carreras cuadreras, juego de sortijas... todo en espectáculo de sana alegría traducido al lenguaje rudo y elocuente de nuestro campo.

La cumbre del campanario de la capilla de San Pedro remata en una veleta de hierro forjado, sobre la que se ve una humilde cruz. Su historia es extraña y para muchos milagrosa.

Quiere la tradición que haya sido donada por San Francisco Solano, cuando predicó a los indios de esas regiones.

Parece ser que cierto día manos anónimas la arrancaron, tal vez para beneficiarse con su venta. Pero la cruz callo al camino desde el carro que la llevaba siendo recogida por el cura párroco de Quilino, y la devolvió a su lugar.

¿Casualidad?... Milagro!, murmura la voz poética del pueblo que todo lo embellece. Hasta la humilde cruz que parece fulgurar cuando la luz de la oración comienza a delinear en rojo las sierras erizadas de piedras y palmas.

SAINETE DE LA BATALLA DE MAIPU

Una de las piezas más notables del teatro americano es el sainete escrito hacia 1818 y titulado “El detal” (o detalle) de la acción de Maipú.

Esta obra, cuyo original manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, se caracteriza por su atmósfera rústica y por la frescura de su diálogo espontáneo, tan diferente de lo que acostumbrado en el repertorio dramático de esa época, cuando predomina una escuela literaria sin arraigo local ni decoro formal pero que pretendía ser clásica.

La acción de este sainete transcurre en un rancho en las cercanías de la capital porteña. En una de las primeras escenas el Alcalde narra cómo se enteró de la noticia del triunfo patriota:

“Llegué a la calle e las Torres y ya oigo la gritería:

Viva la Patria!... hasta el Fuerte me largue gritando Vivas!

Allacito e la Recoba dejé el caballo y entré,

a tiempo que principiaban arriba a ler un papel.

Era el chasque que mandaba el general San Martín,

Diciéndole al Director: “Chile se ha salvao al fin...”

Más adelante el sainete incluye una exacta descripción de la sorpresa de Cancha Rayada y de la Batalla de Maipú, que el anónimo autor pone en boca de un granadero, quien remata su relación con un brindis:

“Pa que viva el General y los demás Comendantes,

que en esta yerra marcaron al Gallego en un instante”.

Este sainete criollo presenta un recurso nuevo, empleado con mucho éxito años después por nuestro popular; intercala un cielito, que bailan los actores y cuyas estrofas dicen:

“Si algún Gallego no gusta, que me espere en la tranquera,
que encantado este versito nos veremos allá juera.

Cielito, cielito si, cielo no hay que desconfiar,
que conforme cayó Osornio, ño Serna también caerá”.

Este sainete, cuyo sentido y origen no ha sido aún estudiado, termina con este llamado a la subordinación y al orden:

“Yo con todo aseguro que le hemos de ver el fin
si nos manda Pueyrredón y pelea San Martín.
Que agachando cada cual el lomo a las patrias leyes
verá la unión federal. Y así, porteños del alma,
obedeced al gobierno, y el nombre de Buenos Aires
será para siempre eterno”.

LA PATAGONIA

¿De donde le viene el nombre a la Patagonia? ¿cual es el significado de este toponímico?

Si fuera voz india y proviniera del quichua “patagonia”, que significa grada o mesetas escalonadas, o del araucano “patacán”, que quiere decir inmenso, sin límites, sería un acertado grafismo aborigen.

Pero mientras los filólogos establezcan su exacta etimología, la denominación guardará un fuerte y directo vínculo con la leyenda. Desde antiguos se ubica su origen en aquella visión desmesurada que Magallanes tuvo del poblador autóctono.

Lo impresionó la corpulencia del tehuelche en el trágico fondeadero de San Julián. Sus abrigo de pieles de guanaco con las que se revestían también los pies, daban al cuerpo una contextura voluminosa que impresionaba.

Sus rastros en la arena tendrían, lógicamente, una medida excepcional. Allí mismo y al instante, la imaginación del cronista Pigafeta dejaba descubierta una raza de gigantes de pies enormes: los patagones.

Patagonia, significa, pues, al margen de toda disquisición erudita, leyenda. Y su clima es lo fantástico, lo gigantesco, lo irreal.

Penetrar en el mundo austral es todavía una aventura para la inteligencia. Para el espíritu es una extraña mezcla de dicha y padecimiento. Hay zonas donde recién está naciendo la tierra. Cadenas de colinas y de promontorios de la más variada geometría, dan la sensación de estar totalmente formados por una extraña pasta.

Aparecen cerrillos de distintas tonalidades, donde no se advierte la existencia de un palmo de tierra, de una hoja o de un pájaro. De superficie limpia, bruñida, esos relieves parecen reconstrucciones mínimas de los Andes, ejecutadas en arcilla. Juguetes de gigantes.

Se los encuentra, por lo general, en las hondonadas que dividen a las pampas, o, dicho con más propiedad, mesetas que son páramos llanos, estepas escalonadas, que van en ascenso desde la costa hacia el oeste, para descender en las cuencas lacustres de la cordillera.

Entre esas elevaciones de pasta plomiza, verde o colorada, surgen unos promontorios blancos, agrietados, que simulan témpanos.

Y en todas partes el viento, el terrible viento patagónico, que en las concavidades adquiere una voz extraña y misteriosa.

EL ÑANDU CRIOLLO

Uno de los espectáculos más interesantes, para el extranjero que cruzaba las pampas, era el avestruz criollo, el ñandú, deslizándose elegantemente a través de las llanuras, en manadas de veinte o treinta.

Si bien no eran tan grandes como los de la variedad africana, estos avestruces demostraban ser extremadamente veloces, y sólo los mejores caballos podían alcanzarlos.

Como no podían volar, el gaucho se delitaba cazándolos con boleadoras preparadas especialmente para este tipo de caza, pues eran más pequeñas y livianas. Sin embargo, no era tan fácil, ya que los avestruces unían a su velocidad una asombrosa astucia y un maravilloso sentido de la ayuda que podía prestarle el viento. En efecto: al correr, el ñandú, echa las alas para atrás como una nube flotante y engañosa. Cuando menos se esperaba, levantaba un ala como si fuera una vela y el viento le ayudaba a girar o cambiar de dirección con extraordinaria rapidez.

La carne de estas aves jóvenes era tierna y se consideraba un buen alimento. Una de las presas favoritas de los paisanos era la picana, que muchas veces asaban a la manera india, es decir, echándole dentro una piedra caliente.

Hacia fines de agosto era fácil encontrar huevos recién puestos, en los nidos poco profundos, formados en el suelo. No era extraño hallar entre sesenta y ochenta huevos en un solo nido, porque las hembras se daban cita en el mismo nidal, aunque la tarea de empollarlos la emprendía el macho.

Para asegurar a los jóvenes polluelos un abundante abastecimiento de alimentos el ñandú apartaba cuidadosamente, unos cuantos huevos, los que rompía cuando los primeros polluelos comenzaban a salir del cascarón. La gran cantidad de bichos, hormigas y moscas que se acumulaban sobre ellos, provenían a las crías de sus primeras comidas.

Además de usar a los avestruces como fuente de alimentación, la gente de las llanuras, les arrancaba la piel del cuello y parte del pecho, para hacer con ella bolsillos o pequeños morrales que llamaban **chuspa**, y donde generalmente guardaban el tabaco.

Las plumas de las alas se empleaban para hacer vistosos adornos para los sencillos atuendos de las mujeres pampeanas y también para las riendas de lujo, donde el gaucho mostraba sus primores.

SAN JOSE DEL MORRO

Este es el Morro. La escondida posta, el insomne baluarte, el claro manantial de nuestra historia que, como la vara de San José, sabe de la flor más fuerte que el olvido.

Este es el Morro: atalaya de piedra, corazón de azucena. Largo acorde de viento, de estrella y soledad. Perfil del terruño, blasón de su desvelo y su heroísmo, cofre de una tradición que sabe florecer entre espinas, como el clavel del aire.

Honda y rica es su prosapia. Desde el principio, cuando los indios del cacique coslay desparramaban a su amparo los granos de oro del maíz fraternal.

Desde el principio, cuando la intrepidez hispana bordaba las primeras huellas sobre el pañuelo verde y ocre de la tierra ignota.

Después, el paraje se iluminó con la gracia de los sauces y los durazneros de la querencia, y el bendito olor del pan recién horneado se entrelazó al tufo de los caballos trajinados, esos que andaban leguas y leguas por el Portezuelo y el río Quinto, hacia los hondos valles o por los campos del Sur, donde el alarido de los ranqueles desataban el tropel de los baguales.

Un día, la mirada de Dios se hizo capilla para contemplar mejor a sus hijos. Y los vió pasar, envueltos en la polvareda que levantaban sus corceles, caminos de la Buenos Aires hostilizada por la codicia de los ingleses, y otro día el canto de la campana abrió sus alas para despedir a los cientos y tantos reclutas que, con el recio don Tomás Baras a la cabeza, dejaban atrás los fríos de agosto y marchaban hacia el Retiro, donde el Hombre de Yapeyú, a su imagen y semejanza, los convertiría en libertadores de medio continente...

De todo sabe ese callado pueblo de San José del Morro, de la indiada ensoberbecida y de la constancia de don Pablo Lucero, aquel que tanto quebraba la hoja de su espada jugándose por los lomos a los pícaros, como la adornaba con ásperos laureles en la pampita del rosario, por los repliegues de Yulto o junto a las lagunas de tierra adentro.

De todo sabe el Morro: del andar de los frailecitos misioneros y de la angustia del bravo de Pescadores, cuando atravesaba los campos, siempre vencido vencedor.

Y sabe también el Morro de aquella sin par Remeditos de San Martín, que ahí, en una de esas pobres casas de techos de paja, sobre la mansa y rotunda mesa de algarrobo, trazó con su mano pequeña –camelia y marfil signado por la muerte- las palabras que el Vencedor de la calumnia, le dictara para su amigo Dupuy, ese que levantó en armas la tierra puntana, para gloria de América.

VENDEDORES AMBULANTES

Los vendedores ambulantes han proliferado siempre en la ciudad de Buenos Aires. Hace un siglo, los vendedores de velas llevaban estas colgando como balanzas de los extremos de una caña, sobre los hombros. Los fruteros conducían en árganas su mercancía, como así mismo los panaderos, que hacían su reparto en esa forma, pero montando mulas en lugar de caballos.

Los escoberos con sus escobas y plumeros de plumas de avestruz, como igualmente los lecheros, pasteleros, vendedores de tortas fritas, los mazamorreros, recorrían a diversas horas del día y de la noche las calles de la ciudad.

Paralelamente, la afición por los dulces y postres, proverbial en los porteños, fomentaba ya en esa época, una extraordinaria industria casera, que contaba con numerosa pléyade de ofertantes al aire libre.

Se destacaban en ese conjunto los negros libertos: aquellos que no se ocupaban de trabajos más fuertes, se empleaban en vender pasteles por la mañana y tortas a la tarde y de noche.

Había algunos que con su recipiente de tortas calientes y un pequeño farol, ocupaban puntos determinados. Los había estables en las esquinas de las calles Cangallo, Rivadavia y Victoria, y en lo que hoy son las célebres y aristocráticas calles Florida y Perú.

Algunos negros o morenos vendían por las calles masas, dulces, alfajores, rosquetes, caramelos y otras golosinas en tableros que llevaban por delante, sujetos por sobre los hombros con una ancha correa de suela.

Popularmente, la gente los llamaba “tíos”; empleaban un silbido especial, que los niños conocían perfectamente, y cuando estos tenían un medio o un cuartillo disponible, infaliblemente era para el tío.

Cuando una madre quería hacer callar al niño que lloraba, ofrecía llamarle al tío, cosa que en aquellos tiempos era santo remedio.

Otra figura notable era la del vendedor de aceitunas. Desde las doce del día hasta las dos de la tarde, hora en que generalmente se comían en las casas de familia, se oía en las calles principales el grito de “aceituna una”, lanzado por un moreno que llevaba en la cabeza un enorme tablero con platitos llenos de aceitunas condimentadas con aceite, vinagre, ají, ajo, limón y cebolla. El grito de “aceituna una”, se hizo muy popular en la naciente ciudad de Buenos Aires.

LA TONADA

La tonadilla de España llegó a tierras de América y en cada región sufrió la prueba del filtro mágico, que apaciguó o encabritó el ritmo, trastocó los elementos, dislocó sus miembros para acomodarla mejor a los embates de la sangre nueva.

Se fundió de tal modo en los fondos eternos del indianismo, que por cada rincón cordillerano y por cada llanura, oyeronse voces que se caldeaban mejor con el sol propio.

El verso que iba ensamblando aquella música, hablaba de nuestras penas como nosotros sabíamos contarlas o encubrirlas; con nuestras voces, españolas en la perspectiva remota, criollas hoy.

La expresión local del lenguaje, sustancia de estos nacionalismos a veces temidos, se vació en la letra de la tonada, hasta hacer de todo un solo cauce.

El particular hechizo de la tonada arde en cierta cadencia definida por el movimiento insinuado en los acordes. La ubicación de esta cadencia en la frase musical, su pulso o ritmo, flojo o sostenido, según la intención, crean la sugestión inefable.

Característica de la letra es el penetrante, ácido, a veces caldeado humor, que juega haciendo de la frase musical un excitante certero:

“El amor de la viudita es como la lechuguita:
que regándola un poquito, ligerito resucita”.

Encierra también la tonada un mensaje bravío gallardo como ninguno:

“Ay, sí, palomita mía de mi corazón:

tú me has picado en el alma...
ay, que dolor!"

Otras veces, la tonada se emponcha de melancolía:

"De la cordillera vengo, pasando por los rosales,
sólo por verte a ver, cara de quitapesares.

Cara de quitapesares, boca de almendro florido...

Y este es el pago que das a quien tanto te ha querido".

Pero no todo es tristeza en la tonada. En un remesón cualquiera, su picardía se enciende y punza desde la suavidad del cogollo:

"Mi señor don fulanito, cogollo o zapallo tierno:

muchas memorias le manda... el capataz del infierno".

LA SIEMBRA

En los cerros y en las altas cumbres empiezan a despuntar los brotes del pasto puna y de los arbustos falderos, tiñendo de verde la pardusca fisonomía de la montaña.

Mirando hacia la cuesta abajo, se observa en las cañadas y en la falda de las lomas como se mezcla el verde claro del tierno pastizal con el amarillo intenso de los pastos quemados por las heladas del reciente invierno.

Los álamos y los sauces encrespan sus ramas con brotes nuevos, que parecen vibrar insólitos en los espacios, como hojas de cristal. Se percibe el fin del letargo de la fauna, la huída del sueño invernal. Son instantes de despertar de la flora, incorporándose de nuevo la tierra a su periodo de fecundación.

En los estanques las compuertas contienen ya el agua que llega desde los manantiales del cerro, que luego rebalsará por sus bordes y que más tarde se desparramará sobre el alfalfar, ya cuajado de brotes, reverdeciendo el tablón.

Las nubes ya no son nubes de nieve, ni los límpidos cielos son cielos de escarcha. Son nubes acuosas que anuncian tormenta y entrañan truenos y centellas. Son gruesas nubes repletas de agua, que bogan en los espacios con mansedumbre y parsimonia, teñidas con la púrpura de albas y ocasos. Los vientos y las brisas se han tornado ráfagas fecundantes y han arriado lejos las grises tropas del cierzo montañés.

En las huertas se policroma el follaje de los frutales y el sauce llorón empapa sus verdes crenchas en la clara superficie del estanque.

Allá, en las cañadas ubérrimas que constituyen la esperanza de los moradores de la montaña, las chacras encerradas entre pircas y palos a pique, van cuajando las ilusiones de un idílico ideal.

Muy de mañana, se ve en los surcos a un hombre que, al paso de dos cansinos bueyes, deja caer las semillas que han de multiplicarse como una bendición.

Es la siembra en los valles, pacífica y lenta faena. Es labranza sin alardes pero llena de fervorosos sueños.

Faena sencilla es la siembra. Sencilla como un poema. Es amable y pacífica como el mugido de los bueyes que arrastran el bíblico arado.

Y como la claridad de las alboradas, es purísima la fe que en ella se deposita, como la simiente en el seno de la tierra.

La siembra en la tierra como la siembra en el corazón del hombre, es la que da los verdaderos y mejores frutos.

EL FORTIN PRECURSOR

Primero fué el fortín: cuatro palos, un techo de paja y un mangrullo que cimbraba a los vientos de la pampa como la arboladura de un nació en medio de la tempestad.

Después el fortín se agrandó en fortaleza, con varios ranchos, cuadras y pesebres, dos cañoncitos, un potrero, una huerta. Vinieron las mujeres. Así empezó el pueblo.

Se incrustaron luego los buhoneros y cajoneros parasitarios atraídos por el olor del lucro, aplicándose a esquilmar a la misma miseria. Se apilaron las fortunas y el pueblito creció hasta hincharse en ciudad.

Con el correr de los años, el mangrullo primitivo se transformó en Chascomús, Arrecifes, el Salto, Azul, Olavaria, Rauch, Tandil...

Y así quedó instalada la patria, al amparo del ejército fundador.

Pero antes de llegar a esa madurez fecunda, el fortín aparece como la materialización simbólica del punto del choque, de la contraposición secular de blancos e indios.

El foso y la precaria empalizada circunscribían el escenario de no pocos dramas internos, tanto o más intensos que los de la guerra misma. Abusos, injusticias, castigos, odios y celos encerrados. Por fuerza de las circunstancias en ese infernal reducto, envenenaban como serpientes a sus víctimas.

Señor de todos esos destinos era el poderoso comandante de frontera. Nuestra orgullosa Villa Mercedes, que naciera como Fuerte Constitucional a orillas del río Quinto, mucho sabe de todo eso, que parece olvidar en su prisa progresista.

De ese comandante de frontera queda alguna vieja fotografía, olvidada en un polvoriento álbum.

En un sofá de la comandancia, lejos ya del fuego que danza alrededor de un indio, junto a la vieja bandera del regimiento de línea con lanzazos que abren la boca como un grito, se hizo fotografiar, cuidando que nada se moviera, ni tampoco el silencio enrollado en un lazo.

Sostiene, como era de uso, el sable entre las piernas, y le roza la empuñadura el filo de la barba crecida en el desierto –áspera como pelo de corteza-, entre toque de diana, entre la hermosa sangre que sale de la frente y el barro nacional de los cantones, entre guitarras veteranas con la madera convertida en charqui, entre una picadura de tabaco y algún cuento tomando puntería por el rabo del ojo.

El comandante de frontera siente que la pampa lo ciñe a la altura del pecho, con su barbarie de amistosas leguas. Pero se hace fotografiar, sin que nada se mueva. Y aunque no lo quiere, se asoman a sus ojos milicos y pingos, caciques y capitanejos, lanzas y boleadoras.

Es que la historia va más allá de sus polainas para los desfiles. Así también se hizo la patria.

LA VIRGEN DE ITATI

La imagen de la Virgen de Itatí está vinculada a las más viejas tradiciones correntinas.

El pueblo de Itatí fue fundado allá por 1615 por los padres de la orden franciscana, que lo pusieron bajo la protección de Nuestra señora de la Concepción.

Fue uno de los gestores el beato Fray Luis de Bolaños, varón ilustre por sus virtudes y su consagración a redimir al indio. Se traslado expresamente al Paraguay, donde ejercía sus funciones como misionero, cediendo a las sugerencias de Hernandarias, quien estaba al tanto de su espíritu organizador.

Bolaños habría fundado la reducción el 7 de diciembre de 1615, con una base de cien indios. Tres años después quedo terminado el primer templo, modesto rancho de barro con techo de paja.

En el año 1616 cambió de lugar la doctrina, trasladada al punto donde actualmente se levanta el pueblo, mientras que el primer asiento de la reducción, que queda muy próximo, tiene la denominación de "tabacué", que significa, "pueblo que fue".

Una vez que la reducción hubo tomado mayor importancia con la radicación de poderosos caciques de Apipé y aún del Paraguay, se hizo necesario un nuevo templo, obra terminada hacia 1620 y que prestó servicios hasta finalizar el siglo pasado.

La pequeña iglesia de Itatí ha sufrido hasta nuestros días, numerosas modificaciones, pero conserva mucho de su antiguo encanto. Su estructura actual, con sus dos torres graciosas que se levantan frente a una amplia plaza con árboles seculares, data del gobierno del doctor Pujol.

Junto a ellas se ha construido la enorme basílica que sirve ahora de residencia a la Patrona de la Diócesis.

Los orígenes de la imagen están rodeados de misterio. Por su factura se advierte que no es indígena: es una talla de artistas blancos cuya procedencia no fue determinada.

La tradición sostiene haber sido encontrada sobre una piedra del río Paraná frente al poblado de Itatí, y esta versión tendría una explicación histórica.

En 1585 los españoles fundaron la ciudad de Concepción del Río Bermejo, que al iniciarse el siglo diecisiete empezó a ser abandonada por sus vecinos, que huían en canoas para radicarse en Corrientes.

Es de presumir que algunas de estas partidas naufragó, quedando la imagen sobre una piedra, de donde fué recogida por los naturales de Itatí.

NUESTRAS MALVINAS

Rocas negras y escarpadas que chorrean agua sobre su superficie lustrosa. Nubes oscuras y bajas que cubren, a pocos metros sobre el mar, la cúspide de las montañas. Viento que sopla terrible y pavoroso, concitando la furia de las olas negruscas que se levantan hechas zarpazos sobre los islotes y las rompientes.

Así contempla el viajero silencioso la soledad de las Malvinas, base carbonera de los ingleses durante tantos años y guardada como un tesoro por su importancia estratégica en el dominio de los mares.

Durante el gobierno de Rosas, la diplomacia movió sagazmente sus piezas sobre el tablero, para resolver la vieja cuestión. En 1820, las autoridades de Buenos Aires enviaron al coronel de marina don Daniel Jewitt para que tomase formal posesión de las islas. Cuando éste llegó al puerto Soledad, había en él y diseminados en las islas vecinas, más de cincuenta buques extranjeros. Pero la bandera Argentina subió al tope del mástil saludada por una salva de veintidós cañonazos.

Algunos años después, en enero de 1828, don Luis Vernet solicitó al gobernador Dorrego, la protección oficial para el establecimiento de una colonia en la isla de la Soledad. Pedía también que le fuera concedido el derecho exclusivo de pesca en aquellas costas, a todo lo cual accedió el gobierno argentino, prohibiendo a los extranjeros la pesca de anfibios en la región patagónica.

Vernet inició sus actividades a fines de 1829 y poco después, reconocida también por Francia, cuyas naves de guerra no realizaba estudios geográficos sin requerir previamente autorización a las autoridades de nuestro país.

Sin embargo en 1832, diversos barcos yanquis se dedicaron a la pesca en el archipiélago malvino, lo que motivó un cambio de notas entre el gobierno argentino y el cónsul de los Estados Unidos.

Para evitar la repetición de hechos semejantes, se envió a la goleta de guerra "Sarandí", al mando de don José María Pinedo, con las fuerzas de desembarco necesarias para dar guarnición a las islas ya ocupadas y hacer extensivo el dominio argentino a las adyacentes, costa patagónica y Tierra del Fuego, comisiones a las que Pinedo dio cumplimiento el 10 de octubre de 1832.

Sobre aquel territorio azotado por la furia de los vientos, entre las flotantes masas de hielo que emergen, fantasmales, en la profunda oscuridad de las noches la bandera argentina flameó proclamando un derecho que no tardó en ser desconocido. Nuestras Malvinas aguardan que los argentinos habitemos su suelo.

LA PAMPA DE AYOHUMA

Una tradicional copla jujeña echa a volar, todavía, al son de las cajas, este antiguo lamento:

"Palomita, palomita
Palomita de la Puna.
A Belgrano lo vencieron
En la pampa de Ayohuma".

El triste suceso ocurrió en 14 de noviembre de 1813. Al frente de tres mil soldados, el creador de la bandera, aguardaba a los españoles en esa pequeña planicie. Con las primeras luces del alba, los realistas comenzaron a descender la sierra.

Si Belgrano hubiera atacado en el preciso momento en que la columna enemiga pisaba el llano y el resto de ella se hallaba imposibilitado de combatir, la destrucción de los realistas hubiera sido completa y rápida.

Tan seguro de ello estaban los oficiales argentinos, que indicaron a Lamadrid la conveniencia de pedir al general que no dejara pasar tan propicia ocasión de aplastar al enemigo.

-No se aflijan ustedes –respondió Belgrano-. Déjenlos bajar a todos para que no escape ninguno. La victoria es nuestra.

Y mientras los españoles terminaban su descenso, dispuso que sus tropas oyeran misa ante un altar levantando en el campo.

La confiada actitud de Belgrano dio a Pezuela oportunidad de formar sus efectivos como mejor le convenía, aprovechando los accidentes del terreno.

Cuando la acción empezó, los movimientos del general realista habían inutilizado el plan de Belgrano, quien se vio obligado a combatir en condiciones desventajosas y llenas de peligro.

Los argentinos se batieron con admirable decisión y bravura, pero la suerte les fue adversa; sin el heroísmo de Zelaya que, con ochenta jinetes contuvo al enemigo y permitió organizar la retirada, la pérdida de los independientes hubiera sido completa.

De las fuerzas patrióticas sólo se salvaron unos quinientos hombres; el resto junto con el parque, bagajes y artillerías, quedó en el campo de batalla.

Entre los muertos de aquella ingrata acción se contaron el mayor Cano, comandante de los Cazadores, y el valiente coronel Superi, jefe de los Pardos y Morenos.

El enemigo compró caro su triunfo, pues sus bajas alcanzaron a 200 muertos y 300 heridos.

De cómo se batieron los patriotas en Ayohuma dan idea estas palabras del general vencedor, que encierran el mejor elogio hecho a las tropas argentinas: “aunque el cañoneo barría sus filas, se mantuvieron con tanta firmeza como si hubiesen criado raíces”.

DON SEGUNDO SOMBRA

Don Segundo Sombra es un gaicho símbolo hecho con los retazos de muchos gauchos argentinos. No es tan sólo una figura legendaria: es también una persona real por lo verosímil.

Es la expresión acendrada de un mundo mágico y telúrico que marca una etapa de la evolución cultural argentina. Es añoranza y recuerdo de una época pasada; es lo que precede a la chacra, es la vida de la pampa con más paisanos que gringos.

Es la exaltación de una noble realidad, es el gaicho que los buenos argentinos llevan dentro de sí, sacramento, como la custodia lleva la hostia.

Su existencia tiene la firma de un círculo, es un continuo andar. Siempre le pican los pies. La pampa lo llama con señas. Quiere ser pájaro y no árbol. Si no anda, se siente como en jaula. Andar es su sino.

Busca la sociedad de los hombres y busca la sociedad de la soledad. Como acción, amaba sobre todo el andar perpetuo, como conversación, el soliloquio. Y por sobre todo y contra todo, quería su libertad. El espíritu inquieto

y libre de don Segundo Sombra hervía en su pecho con la serenidad de un escapulario.

Don Segundo es como un compás, como una estrella que señala la ruta. Es una figura memorable que ni se muere ni se destiñe, que perdura disimulada en el alma argentina.

Es un grande e inolvidable maestro que derrama sobre la pampa fecunda el oro de sus virtudes y las semillas de su conducta ejemplar; los derrama sin desplantes ni rezongos, armónica y generosamente, con alegría.

Su ahijado, el reserito, representa la generación que ha de seguirle. De tan amistosa cooperación se fue haciendo estable y próspera la Argentina.

Lo tradicional y lo nuevo no han menester combatirse y destruirse, especialmente si uno recuerda que lo tradicional de hoy fue lo nuevo de una época pretérita y que la vida se renueva constantemente.

Con la llegada de los alambrados, de los ferrocarriles, de los inmigrantes, de las chacras, de las grandes ciudades, la figura de don Segundo Sombras, se convierte en fantasma, en sombra que pasa. Deja de ser hombre para convertirse en una idea.

Acontece lo fatal, lo inevitable: la pampa los llama con sus señas, su existencia tiene la firma de un círculo. Y se despide.

Don Segundo se va, pero quedan sus enseñanzas. Y queda el reserito, convertido en nuevo maestro.

También la vida argentina es un continuo cambiar, un ansia irresistible de avanzar, de prosperar, de mejorar, de perfeccionarse.

***** FIN *****